El inglés descrito en un castillo cerrado

André Pieyre de Mandiargues



La sonrisa vertical



Es de agradecer que André Pieyre de Mandiargues asuma por fin la paternidad de *El inglés descrito en un castillo cerrado* que una misteriosa editora francesa publicó, con el seudónimo de Pierre Morion, en 1953 y que el autor dedicaba a la memoria de E. J. y a la Sociedad (Secreta) de los amigos de Aubrey Beardsley. No sólo reconoce finalmente este libro como suyo, sino que en la definitiva reedición francesa, añade un prólogo. Parodiando con distanciada elegancia las novelas francesas de los siglos XVIII y XIX, en la mejor tradición sadiana, Pieyre de Mandiargues quiere sugerir que la atracción sexual hacia los refinamientos del dolor y la crueldad es tan natural en el hombre sanamente constituido como la tendencia del conejo macho a devorar a sus pequeños (o como, en otros casos, la de la mantis religiosa a devorar al macho durante el apareamiento). Aporta, además nuevos elementos eróticos, que no aparecían entonces en aquellas obras, como son la desbordante fantasía en el vestir y el afrodisíaco placer de la comida.

Sir Horatio Mountarse, un excéntrico lord inglés, decide un día secuestrase en un castillo donde no imperan más que los rituales del goce, más allá del Bien y del Mal. A este suntuoso y estrafalario santuario invita *Sir* Horatio, convertido ya en el diabólico Montcul, a su amigo, el narrador-voyeur de esta escalofriante experiencia. Éste se deja, al principio, arrastrar por la sensualidad que envuelve la existencia de opulenta ociosidad de los extraños personajes de que se rodea Montcul. Sin embargo, al descubrir la verdad que rige la vida de su anfitrión, Eros es un dios negro, huye horrorizado del castillo en llamas.



André Pieyre de Mandiargues

El inglés descrito en un castillo cerrado

La sonrisa vertical 12

ePub r1.0

0

ugesan64 25.10.14

Título original: *décrit dans le château fermé*
L’Angleis
André Pieyre de Mandiargues, 1953
Traducción: José Luis Guarner

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.2



A la memoria de E. J.

y para la Sociedad (secreta)
de los amigos de Aubrey Beardsley

Ruego que se tenga a bien considerar este libro como un especie de corrida[1]

El inglés

No sin cierta ternura algo especial releo hoy el manuscirto de El inglés *redactado entre 1951 y 52 con la letra menuda y apretada que yo tenía en aquellos años, tiempos para mí de una felicidad tan plena y tan pura que la presentí poco duradera e intenté exorcizar su fragilidad mediante la composición de un relato erótico todo lo sádico y escandaloso posible, llevado hasta las últimas consecuencias y que sería como dar un beso de paz al principio del mal, a la manera de Blake y de Swinburne, cuyas gracias luciferinas, derivadas del maravilloso Milton, jamás dejarán de seducirme. Edmond Jaloux, desaparecido pocos años antes, pero que había sido uno de mis escasos confidentes después de la guerra, estaba al corriente de mi proyecto, por el que se había interesado, y él es a quien designo con las iniciales E. J. en la dedicatoria. En cuanto a la «Sociedad de amigos de Aubrey Beardsley», y que ahora sería innombrable, creo que se reducía entonces a Jaloux, a Bellmer y a mí.* El inglés *debe mucho a Beardsley, sobre cuya sepultura, durante la guerra, en el cementerio de Mentón, deposité a veces una rosa…*

El título que figura en la primera página del manuscrito, y que es simplemente el nombre del protagonista, Montcul[2]*, no fue en mi mente más que un título de trabajo, provisional, por su extrema grosería cuya detonación voluntariamente repetida a lo largo de las páginas es como un guiño al lector para que no se tome demasiado en serio lo que está leyendo, pero cuya provocación vulgar no habría podido soportar si la hubiera dejado aparecer en la cubierta, ¡porque hay modos y modos de meter la pata, como dice una de las amables personas del relato, la hermosa Viola! El título que lo*

sustituyó, poco sugerente, sin duda, para los aficionados al pomo vulgar, y el primer editor se quejó por ello, debe tener su origen en las tertulias del grupo surrealista, muy interesado en la alquimia por la época en que yo era miembro asiduo. Vibra en él cierto eco del nombre de la galería surrealista «L'Etoile scellée» («La Estrella sellada»), cuyo padrino fue André Bretón, y, si bien no incumbe al autor pronunciarse sobre el tema, creo que por muchas razones, en el furor de su brevedad misma, El inglés *es uno de los escasos ejemplos de novela surrealista que pueden citarse hoy. Al marcar con una especie de sello la fortaleza marina de Gamehuche, sede del teatro criminal de mi protagonista, yo pensaba por supuesto en la manera estrictamente despiadada en que está sellado el atanor sadiano del castillo de Silling, en un alto valle de la Selva Negra. Hace poco, cuando vimos la película de Pasolini, Saló, razón fundamental de que amemos y admiremos tanto a este poeta cineasta, creí comprender que* El inglés, *traducido al italiano pocos años antes, le era tan familiar como los* Ciento veinte días… *Y me alegré de esta aparente connivencia.*

Jean Paulhan, quien fue el primero en leer, todavía con el título provisional, el manuscrito, y a quien debo algunas observaciones de estilo que tuve en cuenta, hubiera querido que el libro se publicara en Gallimard en una colección reservada, por no decir secreta, en la que habría tenido que incluirse también, más tarde, La historia de O. *Era sin duda demasiado pronto, y aquella colección ideal, sobre la que Paulhan habría tenido absoluta soberanía, no fue más allá del proyecto. En lo que se refiere a* El inglés, *al menos, he aquí que se cumple al fin su voluntad, lo cuál me parece justificar ampliamente esta edición declarada con cierto orgullo, lo confieso, en el momento en que voy a cumplir setenta años, ya que jamás he conocido una combinación de inteligencia y curiosidad comparable a la que contenía la cabeza de aquel hombre, por quien yo profesaba casi veneración, hasta cuando no estaba de acuerdo con él… El pie de imprenta de la primera edición, publicada, al igual que*

las dos siguientes, con el seudónimo de Pierre Morion (nombre de un casco, de una piedra preciosa y de un coleóptero; nombre también de personajes jorobados y contrahechos, de largas orejas y fisonomía ridícula, que se admitían en los banquetes de los antiguos para entretener a los convidados), lleva la fecha de 2 de junio de 1953, día de la coronación de la reina de Inglaterra. Me pareció un gesto cortés contribuir de algún modo a los festejos celebrados en honor de esa dama, y lamenté que el editor, por prudencia, se negara a imprimir a continuación las palabras Coronation day, por mí propuestas. La segunda edición, publicada clandestinamente, reproduce en fototipia el primer texto, con una cubierta con dibujo escocés. La tercera es la de «L'or du temps», que obtuvo una mayor difusión antes de ser condenada. Añadiré que El inglés inspiró a Hans Bellmer una serie de siete grabados que figuran entre sus obras más hermosas y que debían ilustrar un tiraje de lujo de la primera edición. Por desgracia, este proyecto, que Bellmer acarició en múltiples cartas mientras cincelaba sus cobres, no pudo realizarse, debido al desconocimiento por el público que padecía entonces este gran artista. Casi quince años más tarde, en 1967, esos grabados se publicaron con un texto de Bellmer en la editorial Georges Visat. Pueden reconocerse a varios de los personajes y algunas escenas de El inglés descrito en un castillo cerrado.

Fácil es adivinar que yo compartía ciertos gustos de Hans Bellmer, además del de comer enormes cangrejos (aunque Hans prefería los centollos, y para mí no había nada mejor que la araña de mar, o cangrejo moro y, en Venecia, granceola); crustáceos cuya degustación tiene de amputación anatómica, de disección y de despedazamiento tanto o más que de inocente gastronomía, lo cual, según Bellmer, justifica su inclusión en el catálogo de los manjares sadianos. ¿Acaso no se degusta a lo largo de las páginas de El inglés cierto sabor a cangrejo? Contesto afirmativamente, espero no equivocarme, en recuerdo de una gula que en Bellmer rozaba con frecuencia la perversidad. En cuanto a Aubrey Beardsley,

hoy reconocido en la misma proporción que era ignorado por aquellos años de posguerra en los que nos encantaban sus grabados, su manera de hacer, que consiste muchas veces en ennoblecer lo perverso, cuando no lo innoble, mediante la gracia un poco hiriente del trazo que los describe y de los encajes o arabescos que los adornan, evoca con tal intensidad el preciosismo cruel de mi amigo Bellmer que sus genios nos parecen inseparables. También me acercaban a él en aquellos años sombríos una admiración y una curiosidad igualmente apasionadas por la obra poética y por los escritos en prosa de Swinburne, citado más arriba y que Bellmer habría querido ilustrar. Yo quería hacer de El inglés *un testimonio de mi ardiente admiración, y me inspiré para el retrato físico del personaje de Montcul en el retrato grabado de Algernon Charles Swinburne, poco tranquilizador con sus grandes bucles y su camisa de cuello abierto como señal de provocación en pleno rigorismo de la época victoriana. Se debe también a Swinburne, como es sabido, la leyenda, probablemente inexacta aunque deleitosa, de los amores de la reina Victoria con el Poeta Laureado Alfred Tennyson. Y el epígrafe de Rossetti, que abre el relato para exaltar la atracción sexual hacia los refinamientos del dolor (en una palabra: del sadismo), ha sido tomado de un ensayo sobre Swinburne.*

No es más realista, por otra parte, El inglés *que un grabado de Hans Bellmer. Prueba de ello es, me parece, la descripción del sexo de Montcul, objeto esencial de la novela y objeto totalmente fantástico, muy indicado para desalentar al lector en busca de emociones licenciosas. «Rebuter» (que hemos traducido por «desalentar»), verbo muy querido en Nîmes, pertenece a esa categoría bastante particular y personal del zen de Jean Paulhan que, a mi manera, que es distinta de la suya, no he dejado de utilizar. Si* El inglés *presenta el defecto, del que soy consciente, de ser excesivamente breve, es ante todo, y como decía, con el fin de desalentar a los licenciosos, quienes, en todo libro erótico, van en busca de sempiternas repeticiones de orgías o torturas, repeticiones que se me antojan un poco fastidiosas, hasta en*

las obras dé los más grandes, hasta en Sade, hasta en la maravillosa novela de Apollinaire, Las once mil vergas, *que tras haber sido mucho tiempo perseguida policial y judicialmente, hallaría su justo lugar, de haberlo permitido los herederos, en la colección «La Pléiade» junto a Pascal, a Racine y a Chateaubriand… Un poco imitando al mar, que rodea su emplazamiento, el castillo irreal y sombrío,* El inglés *tan pronto aparece risueño como definitivamente lóbrego y tormentoso y eso con tal rapidez que el lector, como un ocioso navegante sorprendido por la tormenta, corre el riesgo de perder el timón. ¿Acaso debo añadir que no me habría dicho nada escribir un libro erótico para el entretenimiento de los ociosos?*

Y no es eso todo, porque la ensoñación nutrida de erotismo cruel y expresada según la disciplina de la erotología más o menos clásica conduce a una especie de vértigo en la fantasía, cuando no en la escritura, del que se quisiera precipitar el curso hasta un resultado catastrófico cuya conclusión podría ser una venganza, tan inconsciente como involuntaria, contra la moral. En lo que a mí concierne (ya que hablamos del autor de El inglés*) como en varios escritores de origen protestante, franceses (del siglo* XVI *sobre todo) o anglosajones (principalmente del siglo* XIX*), sé muy bien que cierta erotomanía y cierto puritanismo forman una combinación singular en la que los dos aspectos, que se exaltan mutuamente, están en contraste menos intenso de lo que podría parecer. En el fondo de la mayoría de nosotros, en los sótanos que muchos, lo reconozco, saben mantener cerrados, el sadomasoquismo hace estallar fuegos artificiales que celebran las nupcias espirituales de la salvación y de la condenación. Sombríos deleites, decían los teólogos de antaño, no sin cierta indulgencia. En el país del inglés, no obstante, aún se habla de Jack el Destripador, y la diligencia extrañamente respetuosa con la que este personaje fue tratado por la policía británica dejó creer a más de uno que pudiera tratarse de un miembro de la familia real… Escandalosa hipótesis, en verdad, que no habría quedado desplazada entre los comentarios de Montcul. ¡Pero dejemos*

en paz, dicho esto, la sombra de la reina Victoria! Y limitémonos a constatar la evidencia misma, o sea que el destripador inglés era un moralista y un puritano desenfrenado. Su desgracia y la de muchos otros criminales que consumaron con sangre su ética puritana, social o política, fue la de no ser ni un artista ni un escritor.

Quisiera que los escritores, hombres o mujeres, que recibieron este privilegio intelectual de poder jugar con lo peor, entreabrieran de vez en cuando la válvula de seguridad de su infierno y que se mostraran capaces, a fuerza de palabras al menos, de arrojar a su Plinio o a su princesa Borghese al gran horno del Vesubio, que ignorados designios quizás no han mantenido en actividad más que para este fin precisamente, después de que éste hubiese modelado en su ceniza los perfumados despojos de las hermosas putas de Pompeya. ¿Habría consentido León Bloy en atizarlo, él que se deleitaba con tan piadosas y espléndidas palabras ante el incendio del Bazar de la Caridad? Con razón, sin duda, le bastaba encontrar en él motivo de inspiración…

No creo alejarme del objetivo de esta introducción a un viejo libro bastante abominable, pero por el que confieso sentir afecto y que me parece digno de ser reconocido, diciendo en fin que, si tuve pasiones, en mi vida, no fueron más que por el amor, el lenguaje y la libertad. Pese al deseo, siempre presente en mí, de ser cortés, el ejercicio de estas tres pasiones capitales no pudo darse, no se da y no se dará aún sin alguna insolencia. ¡Que por siempre así sea!

André Pieyre de Mandiargues

> Esta atracción sexual hacia los refinamientos del dolor aparece tan natural en un hombre normalmente constituido como la tendencia del conejo macho a devorar a sus crías.
>
> (W. M. Rossetti,
> en un ensayo sobre Swinburne).

—Cuando vaya usted a Gamehuche —me había advertido Montcul—, infórmese debidamente sobre el horario de las mareas. El camino de acceso, sumergido la mayor parte del tiempo, sólo resulta practicable durante unas dos horas, en el momento de la bajamar. Lo que tiene que hacer es: comprarse una gaceta local, el «Phare de Vit», que sale los sábados y que indica las horas de la pleamar y la bajamar en Saint-Quoi-de-Vit durante toda la semana; con añadir veinte minutos a las cifras de ese horario, obtendrá exactamente el de las mareas en Gamehuche.

No eché en saco roto tales instrucciones, y pensaba llegar, según mis cálculos, cuando el mar estuviera aún en reflujo; pero el pésimo estado de las carreteras y la ausencia de señalización —ésta era una de las regiones menos habitadas de Bretaña— me retrasaron de modo tal que la bajamar había pasado más de tres cuartos de hora antes cuando llegué a la playa, frente a la calzada que debía conducirme al castillo. Vacilé un momento antes de meter el coche por aquella senda angosta, a modo de dique, en cuya parte central las olas rozaban ya el parapeto; luego, como apenas dos kilómetros me

separaban del castillo, una masa oscura que se percibía en medio del oleaje, recortada sobre un cielo aún claro, puse otra vez el motor en marcha.

Antaño, debía de ser a pie, por entre las rocas resbaladizas, o bien en barca durante la marea alta, cómo se llegaba a Gamehuche. No le daría más de medio siglo de existencia a esa calzada de cemento para automóviles, y sé que el observador poco experto tiende más bien a sobrestimar la antigüedad de las obras de este tipo, que resisten mal y no mucho tiempo los embates del mar. Ya se hacía sentir imperiosamente la necesidad de nuevas reparaciones que reforzasen aquéllas, recientes, cuyas señales podía yo distinguir bajo el fuco temprano. De ser más largo el trayecto, no me sentiría feliz de haberlo emprendido. Tenía que esquivar, a cada momento, hoyos que trazaban surcos profundos en el suelo, de ésos donde caben cinco o seis guijarros, grandes como huevos, y se dan en llamar *nidos de gallina*; grietas de un parapeto a otro pobladas de musgo marino, y con labios invadidos de conchas; charcos de escasa amplitud cuyo fondo de arena o de grava entorpecían la dirección; láminas de acero herrumbroso que perforaban de vez en cuando el cemento y que constituían el peligro principal. El parapeto, a derecha y a izquierda, no llegaría más arriba de los cubos del coche; por si esto fuera poco, lo horadaban bocas de desagüe por las que salían chorros impetuosos de agua, al golpear una ola sus orificios. Hacia el final del recorrido, se convertía en una cuesta bastante empinada donde patinaban las ruedas, pero una vez allí, al salir de las algas y del piso húmedo, pude advertir con alivio que dejaba a mi espalda, más abajo, el nivel del mar. Detuve el vehículo ante la puerta del castillo, sobre una plataforma que, según creo, el agua no alcanzaría jamás, como no fuese en las grandes mareas del equinoccio.

Un instante después de haber tocado la campanilla, vi que me observaban a través de una mirilla, pues una sombra la oscureció; luego se hizo de nuevo la claridad. La puerta se entreabrió, dejando paso a un negro de

cuerpo soberbiamente atlético, piernas desnudas enfundadas en calzones de color verdinegro, y casaca que hacía juego provista de botones con unas nalgas grabadas.

—Tú eres el amigo de Montcul —me saludó con familiaridad aquel personaje de un siglo o de un teatro que no sabría definir—. Has llegado muy a tiempo…

Me estaba señalando el camino que yo acababa de recorrer. En ese preciso momento, una ola saltaba por encima de la escollera, entre un alegre salpicar de gotas y de espuma; otras la seguían, cuyo orgulloso espinazo prometía ímpetu y fuerza similares.

—Te esperábamos antes —continuó—. ¿Quieres meter tu automóvil en el patio?

Y abrió las dos hojas del portón que, por una rampa de algunos metros, daba acceso al patio interior del castillo; dicho patio se hallaba a un nivel algo más elevado que la plataforma.

A mi espalda, oí cerrarse el portón, chirriar los goznes que garantizaban un ajuste hermético. Di la vuelta a la llave de contacto. Como un corazón que deja de latir, el motor emitió un hipo, y luego enmudeció. Un tanto aturdido, bajé del asiento, y pasé la mirada por el lugar que Montcul había elegido para retirarse del mundo, y donde nos habíamos dado cita.

Ante todo, debo decir que la palabra *castillo*, empleada para designarlo por los raros campesinos a quienes, en el páramo, pude preguntar el camino, no se ajustaba en absoluto a la auténtica naturaleza del lugar. Gamehuche no era en realidad otra cosa que un fortín (que debió de utilizarse muchas veces como prisión), con toda certeza anterior a la época de Vauban, cuyo uso cambió probablemente al término de las guerras del Imperio. Hasta qué punto fue transformado en el último período, no sabría decirlo. La materia de que estaba construido, un granito azul-negro, duro en exceso como para ceder a esas flaquezas de la piedra que son la pátina y la erosión, lo hacía parecer como nuevo, hasta el punto de que se hacía prácticamente imposible distinguir las restauraciones

caprichosas de la edificación original que le impusieron sus nuevos propietarios.

Sorprendía sobre todo, a primera vista, el *perfil* del conjunto, por la geometría singular al tiempo que rigurosa a la cual obedecía. Gamehuche, desde el exterior, se ofrecía como una enorme torre muy baja, por completo desprovista de ventanas; pero fuese desde la playa o desde un barco en alta mar, nunca permitía ver otra cosa que el muro del recinto, perfectamente redondo, liso y por doquier igual a sí mismo. De no ser por su emplazamiento, se pensaría en el exterior de una plaza de toros: pero ¿a qué bestiales combates destinada —y qué gentes habrían podido llenarla— bajo aquellas brumas o aquellas ráfagas de viento marino, en aquella soledad de peñascos desnudos sacudidos por las olas? Dentro del baluarte defensivo, se erguían contra el muro un torreón, de óvalo un tanto alargado, y seis torres más pequeñas, dos de las cuales, tangentes al torreón, formaban con él el núcleo principal de vivienda, mientras que otras dos se enclavaban en las extremidades del diámetro paralelo al eje de estas edificaciones, y las dos últimas flanqueaban el portón de entrada. Una única ventana en el primer piso de estas dos, estrecha, enrejada por añadidura, las distinguía del resto de la construcción interior, donde amplios vanos diáfanos, que cubrían casi toda la superficie disponible, no dejaban a la piedra más que la pobre función de servir de marco al cristal. Los tejados de todo este edificio eran planos, contrariamente al estilo de la región, y estaban soldados, para formar terraza, con el corredor de vigilancia; nada llegaba por encima del parapeto más arriba del busto de los habitantes del castillo, cuando un día de sol, o alguna ocasión menos banal, les atraían allí.

—¿Llevas maletas? Habrá que llevarlas a la torre de los amigos invitados.

El negro reclamaba mi atención, enojado, tal vez, distraída en las nubes atropelladas por el viento y las olas exhaustas que se rompían sobre los bloques, al fondo de

la muralla. Saqué de la baca dos maletas, para dárselas, pero no cogió más que una, y yo no puse reparos en tomar la segunda, por cuanto esta igualdad de amo a criado, que con una cierta arrogancia en la voz y en el gesto se me imponía, no me desagradaba, al contrario. Pues servía para subrayar el hecho de que al franquear el umbral de Gamehuche, había entrado en un mundo excéntrico y cerrado, cuyas leyes y costumbres eran distintas del que yo dejaba. Y entrañaba también, no tardaría mucho en comprobarlo, harto suculentas ventajas.

Me disponía pues a seguir al que, en mi fuero interno, llamaba ya «mi hermano negro», cuando se entreabrió la puerta de una de las torres medianas (la de la derecha, precisamente, con relación a la puerta cochera), para dejar paso a una aparición que me fascinó. Era una mulata muy joven (supe, más tarde, que acababa de cumplir diecisiete años), deliciosamente gatuna, o simiesca, gracias al rostro un poco más pequeño de lo normal con relación a las proporciones del cuerpo. De nariz un poco demasiado corta, de boca un poco demasiado grande, sus ojos bermejos, enormes, se abrían en la piel más lisa y fresca que cabe imaginar; sus cabellos, más rizados que crespos, caían a un lado sobre la redondez de un hombro muy hermoso. Vestida con una especie de peinador de raso color coral con bordados de cisne fuego —la mencionada bata de corte a lo Luis XVI, con mangas anchas y escote que ocultase lo menos posible el busto—, calzaba en los pies minúsculos zapatos violetas sobre calcetines blancos con tiras coloradas.

—Señor amigo de Montcul, buenos días —me saludó —. Yo soy Viola.

—Buenos días, señora Viola —contesté.

Se echó a reír con la gracia espontánea de un animal, y repuso:

—Llámame Viola sin más. Yo te llamaré Baltasar. Es un nombre que me gusta mucho; se lo puse a todos los hombres que amé en mi vida. Eran como mis hermanos.

Sorprendido por aquel eco a mis tácitos pensamientos, en absoluto descontento ante tan prometedor incógnito, asentí con la cabeza. Sin embargo, formulé aún una pregunta:

—¿Y a Montcul le llamas también Baltasar?

—Montcul es Montcul —se dignó responder con una vivacidad que me reveló del busto pormenores que no había aún advertido—; los Baltasar son los Baltasar. El lobo es de una manera y los corderos son de otra. No pienses demasiado en tales cosas, mi buen hermano Baltasar, y vente conmigo a la torre de los amigos. Quiero que estés a gusto.

Había puesto mi brazo bajo el suyo y, al hacerlo, excitaba dulcemente con mi mano, a través de la tela, la punta de su pecho; más puntiaguda, en verdad, de lo que yo creía posible que fuese un pecho, pues hasta esta ocasión sólo había manoseado senos de mujeres blancas. Tan agradablemente enlazados, cruzamos el patio para dirigirnos hacia la otra de las torres medianas, donde el negro, por lo demás, nos había precedido con mi maleta. La puerta, demasiado estrecha para dos personas, me separó a mi pesar de la linda Viola, pero al empujarla gentilmente delante de mí, pude constatar que tenía el culo no menos firme que el busto. Unos cuantos escalones y dos grandes arambeles colgantes nos abrieron camino hasta una estancia redonda, un decididamente soberbio cuarto de baño.

Estanque más que bañera, un pilón a ras de suelo ocupaba el centro de dicha estancia; en el centro del pilón, a su vez, sobresalía del nivel del agua un disco de piedra muy grueso cuya forma, por mucho que recordase, las armas distintivas (¿diría yo el escudo?) del señor de Gamehuche, no dejaría de sorprender al visitante desprevenido (mejor dicho, era, aunque probablemente modelado por las olas, nada menos que algo así como las nalgas de una colosal Venus de las cavernas). Dos agujeros practicados estratégicamente, en aquel disco, hacían manar a voluntad agua caliente y agua fría; y se

perdía pie, de tener el capricho de rodear el disco a nado, por el lado del chorro frío, mientras que por el lado que salía el agua caliente, el fondo se empinaba de forma notoria.

El primer arambel era de gasa azul; el segundo, interior, de ese robusto tejido embreado, de un tono marrón rojizo, con que se hacen los suestes y los toldos para las barcas. Este último cubría todo el techo, hasta caer al suelo detrás de tres bancos de alcornoque sin pulir, dejando libres los ventanales, velados únicamente por el otro, más ligero, que daba a la estancia una luz semejante al fulgor azul que puede contemplarse en una gruta marina cualquiera. Tras este doble tapizado, una escalera de caracol, adosada al muro, conducía a la pieza del primer piso.

En cuanto llegamos allá arriba, sin detenernos en el cuarto de baño más que el tiempo justo de echar una mirada admirativa, descubrimos al negro plácidamente acostado en el lecho.

—Graco —ordenó Viola—, déjanos. El amigo Baltasar necesita descanso.

—Muy bien, he comprendido —respondió el otro—. No ha tardado mucho en convertirse en un Baltasar también.

Levantándose no sin uno o dos gruñidos, desapareció por la abertura del suelo. La mulata bajó la trampilla. Quedamos solos.

La habitación, mucho más alta de techo que el cuarto de baño, era también más amplia, por no haber cedido espacio a la escalera ni a esa suerte de pasillo que separaba el muro de la cortina impermeable. Del techo descendían dos oleadas de muselina, blanca en el interior, rojo suave en el exterior, sujetas a la pared gracias a un sistema estrellado de vergas a media altura en un mástil de abeto natural, que sostenía su gracioso tejado de gasa como el dosel de un minúsculo serrallo ambulante. Lo mismo que en la estancia de abajo, pero con una mayor luminosidad, un vano acristalado dejaba paso a la luz del

día, la cual se teñía de aurora con reflejos de carne encendida por los latigazos gracias a la doble pantalla roja y blanca. El mástil estaba plantado en el centro de una enorme cama redonda (donde, con la cabeza apoyada en almohadas dispuestas en torno al tronco, y las piernas abiertas, hubiesen podido dormir cómodamente ocho personas, diez o doce en caso de necesidad); esta cama se hallaba cubierta de pieles de largo pelo, sin duda de cabra, pintadas de rojo, violeta y rosa. Otras pieles, pero de cordero y de lanas hirsutas, que variaban solamente del rosa pálido hasta el amarillo paja, hacían las veces de estera entre el lecho y un diván circular que seguía el contorno de la pieza —si se exceptúa el sitio donde desembocaba la escalera—. Las pieles, de cabra como las de la cama, que adornaban recargadamente el diván, iban del marrón casi negro hasta el ocre y ese beige casi blanco que es el del café con leche. Flotaba sobre el conjunto, confundido entre el olor fuertemente almizclado de los vellones, un perfume denso y graso, como el de los zocos en Oriente.

Después de alterar el orden del diván moviendo alifafes, Viola levantó una porción de la banqueta, que servía de tapa a un cofre hondo en el que desaparecieron mis maletas. Puso luego unos cojines para que me sentara en la cama con toda comodidad, se arrodilló ante mí, deshizo los nudos de mis zapatos y me despojó de los calcetines. Acercando mis pies a su cara, los cosquilleó con sus pestañas, mientras pasaba sobre la planta y los dedos una lengua diminuta y musculosa. Acto seguido se encaramó al colchón junto a mí (mientras se ocupaba de mis pies se había desabrochado la bata de arriba abajo, y vi que estaba completamente desnuda, a excepción de las zapatillas); sus dedos me desabotonaban con agilidad, y no paró hasta haberme despojado de la más mínima prenda. Se puso boca abajo entre mis piernas y me miró riendo, apoyada levemente sobre los codos; paseó por mi cuerpo sus lindos senos puntiagudos. Yo estaba enhiesto, confesémoslo, como un martillo pilón. Siguieron aún más

caricias de los senos y de la lengua, que saboreé cerrando los ojos, hasta que el rostro de Viola bajó otra vez a lo largo de mi cuerpo, y noté que me chupaba. Había atrapado el glande de un golpe, sin tocar el mango, y lo importunaba con exquisitas sacudidas; lo mordisqueaba cautamente (quiero decir, sin pasarse del punto en el que el placer deja paso al dolor); a veces hundía mi verga en su gaznate hasta más allá de las amígdalas (de las que notaba el choque y, vencida la resistencia, el suave estrangulamiento en torno a mi órgano), de una forma que se me antojó decididamente encantadora, pues siempre me ha fastidiado que me chupen, como suelen hacerlo las putas, con la punta de los labios únicamente.

No tardé mucho tiempo en eyacular, pues llevaba varios días sin vaciar los testículos. Volvió entonces Viola a tumbarse sobre mí, y sus labios —fue nuestro primer, único beso de enamorados— depositaron en mi boca una parte del néctar que yo acababa de perder en la suya. Lo engullimos los dos a un tiempo; ceremoniosamente, manifestaría yo.

—¡Ah, mi querido Baltasar! —exclamó—. ¿No nos une esto más que todas las palabras del cielo y de la tierra? Ahora eres en verdad mi hermano.

Emitió un gran suspiro, que me pareció un eructo camuflado, y se metió de nuevo mi picha en la boca para chuparla un poco más, exprimir bien todo el zumo y limpiarla bien; luego la secó haciéndola rodar como un cigarro entre la palma de las manos.

—El viaje te habrá fatigado —continuó cortésmente, al ver que no contestaba a su graciosa declaración—. Deberías dormir un poco. Vendré a buscarte a la hora de la cena.

Tal vez no habría sabido yo introducirme, sin deshacer la cama, bajo la sábana circular, pero mi amiga (¿qué digo?, mi hermana) Viola levantó un borde para mostrarme la abertura. Por ella me precipité. Me cubrió con los vellones más peludos y coloreados, a la manera de un manto honorífico, antes de abandonar la estancia para

irse no sé muy bien dónde —pues su bata continuaba perfectamente abierta cuando la vi desaparecer por el agujero de la escalera de caracol.

Solo, permanecí inmóvil, a la espera del sueño prescrito; no se dignó acudir, sin embargo, por lo que pasé revista a mis recuerdos.

Montcul irrumpió en mi vida una vez que me encontraba yo en Berna, instalado en casa de una vieja amiga (no por ello muy anciana) que fue mi pareja en juegos placenteros ya lejanos, y a la que recurro todavía, de vez en cuando, porque posee unos senos pequeños que no se ajarán jamás y un vientre que exhala muy espontáneamente un agradable olor a vainilla y ámbar gris. Mi amiga me lo había presentado como *sir* Horatio Mountarse, primer secretario en la Legación del Reino Unido; la conocía lo bastante para no dudar de que él se la había beneficiado, a menos que experimentase disgusto hacia las mujeres. Sin embargo, aparte del placer que se siente al reanudar una aventura, el objeto de mi estancia en la capital del oso consistía principalmente en la reparación de un reloj antiguo por el que siento cierta debilidad; en la caja de ese reloj, efectivamente, cuando funciona, a cada hora en punto doce minúsculos escolares mecánicos se presentan, con los calzones bajados, a un magister, el cual sodomiza un número de culos igual a la hora que marca la esfera. El caso es que, concluida la reparación aquella mañana, llevaba el reloj en el bolsillo y, como era la hora del té, pude ofrecer a mi amiga y a *sir* Horatio el espectáculo del maestro de escuela en trance de dar cinco embestidas.

—¿Le gustan a usted los burdeles? —me preguntó el diplomático, lleno de admiración ante mi juguete.

—Mucho más, sin duda, que los solitarios o que el juego de pelota. ¿Es que hay alguno en esta ciudad de protestantes de rabo frío y pies sucios?

—De forma oficial, no; pero —resérveme la noche— le llevaré a un establecimiento que suelo frecuentar, y que no carece de atractivos.

Y así, por los barrios bajos, en la orilla opuesta del Aar, acompañé a *sir* Horatio hasta el final de una callejuela infecta, ante un umbral sombrío que, con la punta de hierro del bastón, golpeó largo tiempo y siguiendo un ritmo en exceso complicado como para que pudiese yo retenerlo con exactitud. Una vez reconocido el diplomático inglés, la puerta se abrió y fuimos introducidos en una de esas vaquerías de paso, como hay tantas en ciertos cantones atrasados de la Suiza alemana, en la cual no todas las mozas están dispuestas a abrir de inmediato su coño y su culo al primero que llega.

Bajo un techo de gruesas vigas, siguiendo el contorno de una amplia sala cuyo piso era de madera blanca, recuerdo una larga sucesión de establos, cada uno de los cuales albergaba una vaca de raza Emmenthal, sobre un lecho de paja muy espeso pero más sucio de lo que cabía esperar, dada su función; en el centro había mesas donde los clientes, numerosos aquella noche, bebían cerveza en enormes jarras que, una vez vacías, volvían a llenar sirvientas muy representativas de la raza bernesa. Quiero decir que eran barrigonas, de pesadas tetas, nalgas y muslos rollizos —bastante excitantes, por lo demás, gracias a su aspecto colosalmente estúpido—. «A escudo la partida», proclamaba el patrón, haciendo circular de una mesa a otra un objeto que me pareció repugnante, una vieja tripa de muñeca con el coño ribeteado de piel de conejo que hacía las veces de hucha; en dicho coño, a la medida exacta de un escudo de plata con la efigie de Guillermo Tell, los bamboches introducían sus monedas. La mayor parte de las veces nada ocurría (y el patrón de la vaquería salía ganando en el negocio); pero podía darse que, hecha la introducción, surgiese del ombligo la bandera de la Confederación Helvética, y en ese último caso todas las sirvientas se acercaban al agraciado para que eligiera a una de ellas. Detalle curioso a mi manera de ver: todas le rodeaban dándole la espalda, abotonadas de arriba abajo por delante con la mayor modestia, pero por detrás con la falda arremangada por encima de las

nalgas que no velaban la menor enagua. Según parece, en la Suiza alemana es únicamente a través del culo que puede valorarse a una mujer.

Una vez consumada la elección, el ganador se llevaba a su premio a uno de los establos; allí cerraban algunos el doble postigo, de forma que en el «momento culminante» no era posible ver más que las zonas superiores de la vaca. Pero la mayoría, deseosos de presumir ante los compañeros que se quedaron a la mesa, lo dejaban bien abierto, se desvestían en público (colgando muchas veces de los cuernos, festivamente, el pantalón o la camisa), desnudaban a la fámula para empitonarla a la vista de todos bajo el vientre del bóvido, impasible por otra parte, habituado a la cosa desde mucho tiempo atrás.

Sir Horatio y yo jugamos muchas partidas, y yo fui el primero en conseguir la erección de la cruz de Ginebra. Mis preferencias, ruidosamente abucheadas por los bebedores, se inclinaron por la menos regordeta de las hembras, una mujer muy hermosa, al menos en lo que a formas se refiere, pero que tenía, al igual que sus congéneres, la epidermis tan gruesa, que creí palpar un pellejo y no piel femenina. Desnudos ella y yo, no cerré los postigos, pues pensé que *sir* Horatio, en recompensa de haberme llevado a tan deliciosa cofradía de bribones, querría disfrutar con el espectáculo de mi fornicación. Produce una extraña sensación verse acostado, completamente desnudo, aún encima de una mujer realmente bella, sobre un lecho de paja sucio de boñigas y de orina, entre las patas de una vaca que podría aplastarte o herirte gravemente con un solo golpe de sus pezuñas. Mi compañera (que dijo llamarse Litzi) me hizo poner la cara más o menos debajo del culo de la bestia; y mientras la señorita Litzi, a horcajadas sobre mí, hacía trabajar enérgicamente su grupa, yo acariciaba las mamas hinchadas del animal de cuatro patas, y me divertía exprimiéndolas y haciendo gotear sobre nosotros un líquido cremoso y tibio.

Sir Horatio ganó más tarde, pero se encerró con el

mayor cuidado, y nadie vio cómo gozaba de la joven obesa que había elegido. Unicamente, los habituales comentaron en voz alta que nunca la vaca había mostrado tanta inquietud. Por fin, el diplomático salió del establo, donde se había pasado tres cuartos de hora.

—Le mostraré mi ballesta en otra ocasión, y cuando esté armada, cosa que ocurre raramente —me dijo—. Hoy no he hecho más que divertirme un poco.

La ramera chorreaba orina de vaca. En vano, para escurrirlos, procuraba retorcer sus largos cabellos de color esponja. Tenía un aire ofendido que resultaba regocijante en verdad, y pensé que había sido tonto de no discurrir nada mejor, con la mía, que dejarme cabalgar perezosamente bajo una pequeña lluvia de leche. *Sir* Horatio aparecía tan elegantemente compuesto como de costumbre, como si acabase de salir del cuarto de baño y no del establo de un lupanar.

Ya en la calle, cuando le di las gracias por la excelente velada, me invitó a ir el año siguiente a Gamehuche, a su casa; añadió que abandonaba su cargo diplomático y que tenía la intención, una vez hubiese acabado de acondicionar, a su gusto, un viejo fortín adquirido en la costa bretona, de retirarse definitivamente, para proseguir ciertos estudios que le interesaban. Y que me interesarían también a mí, me dijo al despedirnos, de lo cual estaba convencido ahora que me conocía bien.

La guerra retrasó ocho años esta cita, pero no habíamos dejado de escribirnos, aunque con largos intervalos. Sus últimas cartas me hicieron saber que había cambiado de nombre —o más exactamente que había traducido el suyo al francés— pues, de ahora en adelante, *sir* Horatio Mountarse se haría llamar M. de Montcul.

A punto de caer el día, me preguntaba si Viola no se habría olvidado de mí, cuando oí el rumor de sus pies sobre los peldaños. Llevaba el mismo atuendo y calzado que ya le había visto, muy bien recompuesto el primero, y lucía un collar de gruesas moscas de oro que se balanceaban en el extremo de una cinta verde. Con su peinado vaporoso, un delicado toque de polvos pervinca en la cara, y un poco de ciclamino en los labios, la encontré aún más linda que antes. Me dijo que la cena se serviría al cabo de media hora, y que bajaba conmigo al cuarto de baño para mirarme mientras yo me lavase, pues disfrutaba viendo cómo se asean los hombres. Cuando subimos otra vez, después de varios retozos sin mayor trascendencia, no me permitió abrir las maletas, y buscó para mí, en otro compartimento del cofre-diván, una camisa de volantes fruncidos, de la tela más fina que jamás rozara mi piel, y además un calzón de seda, castaño dorado como el vientre de los buprestos. Por encima me hizo ponerme una bata de casimir blanca y un punto rosa, con grandes vueltas de chal, atada con un cordón. Medias negras y zapatillas con hebilla de plata completaron mi indumento de gala.

Después de cruzar el patio (como lloviznaba, para proteger nuestras galas, Viola abrió uno de esos paraguas familiares, desmesurados, que usan los conserjes de los hoteles), entramos en el gran edificio oval; así llegamos a un comedor donde reconocí al punto a *sir* Horatio (¡perdón, M. de Montcul!), vestido con los mismos atavíos que yo, aunque su color era más claramente asalmonado.

—Buenas noches, Montcul —saludó la mulata, empujándome delante de ella—. Se le pone dura mucho más deprisa que a ti, y su leche tiene un sabor a violetas

que me recuerda la ensalada de eperlanos.

—Por lo que veo, no ha empleado mal su tiempo desde que llegó —comentó mi anfitrión—. No se disculpe; no esperaba menos de usted. Y permítame que también yo le llame Baltasar, puesto que es el capricho de nuestra bonita Viola.

No renegué de este sobrenombre, que me había procurado tan agradables momentos. Acercándose a mí, M. de Montcul prosiguió:

—Me complace en verdad que haya aceptado mi invitación. Se trataba, si la memoria me es fiel, de reunirse conmigo en un lugar que le describí (chistosamente) como *fuera del mundo*, y de ser mi compañero en ciertos juegos y ciertas experiencias. Gamehuche posee todas las cualidades de ese lugar ideal. La noche, la marea alta y las corrientes que hacen encresparse el mar en torno a nuestras fortificaciones, estos grandes muros y las puertas acerrojadas durante la bajamar, lo desierto de la comarca colindante, el temor que suscitá todavía un torreón denostado, bastan para separar completamente nuestro castillo de la tierra común de los mortales, y sustraerlo a sus leyes. Es usted el primero, fuera de mí mismo y de mis cuatro negros, que llega por su propia voluntad desde que vivo aquí; me apresuraré a añadir que usted y yo somos los únicos que pueden salir cuando les plazca, mientras sea a la hora de la marea baja.

»Le he invitado porque pude darme cuenta, en una ocasión, de que era usted un hombre serio; yo también soy un hombre serio, a mi modo de ver; al igual que yo, ya sabe que nuestra especie no abunda en la superficie de este planeta. Es en buena parte la ligereza y frivolidad de ahí abajo que me han impulsado a venir aquí, y enclaustrarme. Casi nunca he conseguido una erección, por ejemplo, fuera de mi casa. ¿Y vale la pena ese esfuerzo cuando no puede llevarse el juego seriamente hasta sus últimas consecuencias? Opino que no, en lo que a mí respecta; tanto más por cuanto mi complexión es

peculiar, y exige para eyacular y aplacarse mucha más sustancia y trabajo que para levantarse. Aquí tendremos a nuestro alcance el juego que conviene a personajes como usted y como yo.

»Antes que nada, quiero que se familiarice con nuestros acólitos y nuestros servidores, los peones del juego.

»Fuera de usted —en adelante: Baltasar— y de mí —llámeme Montcul sin más— únicamente hay en el castillo dos hombres. Ya conoce al negro Graco, actúa como lacayo cuando no tiene otra cosa mejor que hacer. El negro Publicola, más grande y mucho más fuerte que él, lacayo también, me es útil además como "expeditivo". Una delicada función que desempeña a las mil maravillas; más tarde sabrá usted en qué consiste.

»Para lo que han de hacer, me parece a mí, Baltasar y Montcul no necesitan tener edad. Ocurre todo lo contrario con los peones femeninos.

»Su amiga, la joven Viola, ha cumplido diecisiete años hace doce días. Esa muchacha de piel tan oscura, a su lado, que le mira riendo (apuesto a que su báculo les ha dado tema de conversación), se llama Cándida; tiene diecinueve años y uno de los cuerpos más atractivos que hayan conocido los aficionados a las negras.

»La señorita Edmonde, aquí presente, declara treinta años; es lo que se ha dado en llamar una *joven de mundo* y, en el susodicho mundo, su fama consistía en poseer *el culo más hermoso de París* y saber emplearlo. Aquí la hemos destinado a la cocina, porque no se le da mal, lo mismo que otras pequeñas cosas agradables, las cuales nos la hacen casi indispensable.

»Conocerá luego a la señorita Luneborge de Warmdreck, a quien en aras de nuestra comodidad vocal llamamos menos ásperamente Luna; hija de un príncipe hannoveriano, cuenta veinte años desde hace sólo tres o cuatro meses. La pequeña que entra en este momento es la señorita Michelette, que tiene trece años y es virgen».

La recién llegada me miró con expresión temerosa. Al

ver que Montcul no añadía nada más, nos saludó a él y a mí con una reverencia palaciega, a la alemana, que era la cosa más conmovedora y ridícula que podía hacer, considerando su atuendo. Pues la jovencita iba vestida de puta de lupanar. Sus pies tropezaban con los zapatos de tacón alto, sus lindas piernas aparecían enfundadas en medias negras, que le llegaban a ras de las nalgas con ligas provistas de un clavel de seda roja como adorno. Se distinguían sin esfuerzo los detalles de su cuerpo grácil, apenas formado, bajo el velo más bien transparente de una camisa-pantalón de *crêpe de Chine* realzada con recargados encajes. Atada al cuello llevaba una cinta roja, carmesí como los claveles de sus ligas. Llevaba la boca generosamente pintada, los ojos muy agrandados por el maquillaje, las pestañas postizas, las cejas alargadas con lápiz, el cabello decolorado. A su espalda apareció una alta criatura de pelo castaño, probablemente Luneborge de Warmdreck, la cual, para alejar a la niña de nosotros, le azotó las pantorrillas despiadadamente con un florete muy flexible que su mano hacía silbar en el aire. Brotaron unas lágrimas, algunas gotas de sangre, y sobre las medias apareció un desgarrón encarnado que daba ganas de morderle la nuca o de apretarle el cuello.

—¿Por qué tendrá siempre que aparecer esta pequeña cuando no la llaman? —exclamó Montcul, aprobando el castigo.

—Porque el coño le escuece. Nada hay tan malsano como un virgo. En su interior se forman costras y ardores, queso, porquerías, anidan los bichos y ponen sus huevos; podría crecer el berro. No sabemos a qué esperas, Montcul, para penetrarlo. Acabarás por contagiamos la sarna o la escrófula, con tus vírgenes.

Luna se expresaba con vehemencia, y su soberbia andaba a tono con su única vestidura: una larga bata de piel de pantera (o mejor de leopardo de las nieves, tan lanoso y desvaído resultaba el pelo), desprovista de botones o de corchetes y abierta de arriba abajo, lo que me permitió constatar que la joven princesa tenía el vello

púbico exactamente del mismo color, entre avellana y hoja marchita, que sus cabellos o sus cejas, particularidad poco frecuente incluso entre las mujeres nobles. No llevaba medias y sus pies descalzos lucían sandalias doradas. Las uñas de los pies, al igual que las de las manos, aparecían pintadas de nácar.

—Seamos ecuánimes —prosiguió—. Reconozco que esa putilla ha mejorado con mis lecciones. La reverencia la ha hecho muy bien. Mi difunto tío, que era difícil de contentar, no la hubiera desaprobado. Como recompensa, le permitiremos comer cuanto quiera, esta noche, y hasta beber, si Montcul lo autoriza.

Y le propinó a la niña un fuerte cachete en la comisura de los labios. Nos sentamos en tropel, tocándole los negros el culo a Edmonde, en tanto que Montcul concedía a Michelette el favor solicitado.

Nos hallábamos en un comedor completamente circular. A nuestro alrededor, bajo un techo de madera dorada, se alzaban columnas de una piedra que no sabría definir, pero lisa, carnosa, semejante a la cera un poco rosada; dichas columnas iban rematadas por gruesas bolas próximas al techo, el cual, sin embargo, *no se sustentaba en ellas*. Las únicas fuentes de luz eran cirios y bujías, de una cera acarminada como la piedra de las columnas, que salían de candelabros grandes y pequeños decorados todos ellos con muchachas corneadas por becerros o embestidas por asnos. La pared se hallaba recubierta por un tapizado *flotante*, de seda muy grosera de color vino del Rosellón, que corrientes de aire cálido, proveniente de las lumbreras inferiores, hacían oscilar con reflejos extraños. Entre ese muro y las columnas se abría una especie de galería circular donde se amontonaban pieles de animales, osos y tigres principalmente, que hacían las veces como de asientos, de camas, de tribunas peludas. El suelo, en el centro, desnudo, era de ébano u otra madera teñida de negro y encerada; clavadas en él había argollas de plata, y desperdigados por doquier objetos en su mayor parte de ese metal, taburetes, fuentes, cálices, y

también látigos, sables y collares para dogos. Tres divanes circundaban la mesa (un cuarto, parecido, había quedado en la galería): divanes curvados para tres personas, montados sobre un chasis de plata provisto de ruedecillas, complementados con colchones y cojines de raso color topacio. En cuanto a la mesa, colosal y rústica, era de plata hueca, y por el interior de las patas corría agua caliente para entibiarla hasta la temperatura del cuerpo humano. No había mantel, ni servilletas. Entre fuentes, garrafas, platos y cubiertos, una fornicación bellamente cincelada y otros pequeños motivos obscenos alegraban la vista.

—Cuando quieras enjuagarte la boca —me advirtió Viola—, utilizas mis cabellos o los de Cándida. Nosotras haremos lo mismo con el pelo de tu sexo.

Pues la negra y la mulata me habían sentado entre ellas, en un acto de fuerza. En el diván contiguo, Montcul se hallaba instalado entre Luna y la pequeña Michelette. El negro Graco y el negro Publicola flanqueaban a Edmonde, pero los tres iban y venían sin cesar del comedor a la cocina para proveer al almuerzo, y su diván raramente se veía ocupado.

Para empezar, a guisa de potaje, tomamos un buen plato de *laitances glacées sous priape*; quiero decir lechas de pescado servidas en fuente de plata y espolvoreadas con guindilla roja, nuez moscada, azafrán, azúcar fino y un polvo azul desconocido para mí, todo lo cual dibujaba sobre su superficie fantásticos reflejos irisados, y por encima de ese trémulo arco iris se erigía una enorme picha esculpida en hielo, provista de enormes testículos sobre los cuales apuntaba al cielo casi en un ángulo de noventa grados, como un cañón antiaéreo montado en su cureña de campaña. Obra tal monumento de las manos de Edmonde, se la felicitó; luego las felicitaciones degeneraron en riña con la excelente propuesta (sugerida por Luna) de que el hijo debía de sodomizar a la madre y que se debía plantar aquella obra maestra en el culo de la artista *ipso facto* hasta la fusión total. La idea agradó

bastante a la cofradía; sin embargo, como que la cocinera era necesaria y, sin ella, los manjares siguientes amenazaban con quemarse, Montcul ordenó el sobreseimiento, y que se guardase el coloso fálico en la nevera hasta el fin del almuerzo, para que, de esta manera, conservase sus dimensiones majestuosas. Y así se hizo.

Hambriento por el viaje, o tal vez por el galante intermedio, repetí de lechas tres veces. Viola, por el contrario, se hacía la remilgada, lo que no se le daba mal.

—¡Bah! Leche de pescado, y fría; se la regalo a Edmonde, que es una viciosa. ¡A mí es la leche de hombre lo que me entusiasma! ¿Me volverás a dar un poco de la tuya, mi querido Baltasar?

Le aseguré que no le privaría de ella, en otro momento, y aparté dulcemente su mano que me tocaba con descaro.

—Gentil mamona —exclamó Montcul, a quien la bebida había excitado Un poco—, felatriz adorable, mi encantadora tragasables, jamás te faltará leche. Te dejaré exprimir a todos los hombres que quieras, satisfarás tu ansia de vaciarles los cojones a todos los machos de la región, de dejar estéril a todo el país, de resecar a todas las putas y a todas las esposas de la provincia… Pero me parece oler un perfume que no me es desconocido. ¡Ah, si es nuestro manjar favorito, las *béatilles de merde à la parisienne!* Tomad los vasos y llenadlos con un vetusto Château-Châlons, ese vino tan delicioso que no se puede beber con ningún otro sustento. Jamás como mierda, sin haber hecho antes un brindis por Francia. ¡Viva Francia!

Bebió, y todos le imitamos.

—Los franceses son unos ladrones que en todas partes se han apropiado de los inventos ajenos —protestó Luna —. Comer mierda es alemán. Antes de la guerra, la servían en todos los buenos restaurantes de Berlín.

—La mierda de ave, y concretamente las tartinas de mierda de becada, te concedo que figuraba en la carta en ciertos *wein restaurants*, pero dime si hay algo tan francés

como la bechamel, *Madame* de Sevigné, la Legión de Honor, o el Concert Mayol, o como un buen plato de mierda humana. Te lo digo sin prejuicios, yo que soy inglés y sé que mis compatriotas prefieren las cucarachas a la plancha a cualquier otra cosa. Y en cuanto a la mierda de negra, y en picadillo tan suave como éste, confiesa que hay que venir a Gamehuche para saborearla. ¡Viva Francia!

Tuvo que beber otra vez, al atragantarse con una punta de cagajón, mientras la joven Cándida le miraba con una sonrisa tímida.

La mierda era suculenta. Consumí tanta, como leche de merluza había saboreado; habría comido más de no llevársela las negras. Le tocó entonces el turno a las vulvas rellenas, de becerra me dijeron, que rebosaban de los ingredientes más delicados del mundo según las reglas de la gula. Muy blancas, gruesas como barquitos neumáticos, flotaban en un fondo de salsa de tuétano. Iban acompañadas de espárragos gigantes, que Edmonde nos ofrecía uno a uno fingiendo rubores. Devorado todo esto, los negros llegaron de la cocina con dos platos de sesos de aves marinas, que me atemorizaron un poco, a primera vista, por su singular presentación; pues cada seso, guarnecido con avellanas y nueces, iba ensartado por un pico, y se tomaba con la mano el minúsculo cráneo del pájaro (perfectamente limpio) para llevarse a los labios el bocado un poco frío bajo la fritura.

—Coma sin reparo. No hay nada tan rico en fósforo —me instó Montcul, algo ofendido por mi desconfianza.

No obstante, me abstuve de seguir su consejo. Los sesos tenían un regusto de aceite de pescado que me repugnaba, y además pensé, no sin un cierto malestar ante la idea de tan copiosa matanza, que sin duda habrían hecho falta varios centenares de gaviotas para conseguir aquellas dos raciones. Se me preguntará porqué no se me ocurrió pensar que para llenar la fuente de vulvas la hecatombe sería muy parecida. La razón, sin dudarlo, estriba en que las vulvas eran deliciosas, y nauseabundos

los sesos. Pero a los negros les encantaban más que ninguna otra cosa. No dejaron ni uno solo en ninguno de ambos platos.

En cuanto fueron retirados los cráneos, Viola sacó una lengua que mis testículos recordaban como una caricia de terciopelo, para decirme que había llegado el momento del postre. Mi cabeza se llenó de frutos y de pasteles, y empezaba a preguntarme si me habría embriagado sin darme cuenta o se apoderaban de mí santas iluminaciones, cuando vi llegar a Greco y a Publicola, tambaleantes bajo el peso de una enorme bandeja que desbordaba de bogavantes, langostas, cangrejos y camarones. Ni sin haber estado a punto de dejarla caer (era quizás una comedia, pero nos dejamos engañar), la pusieron al fin sobre la mesa; nada podría coronar con mayor sutileza aquella roca de plata tibia que ese matorral monstruoso, por doquier erizado de pinzas, protuberancias, antenas y dardos. Pero el más grande de los portentos era que en el interior de todos los crustáceos la cocinera había sustituido la carne salada por dulces de confitería, y que al arrancar o desmenuzar los caparazones aparecían cremas bávaras, confituras de cidra o de rosa, miel de pipirigallos, pasta de castañas, mantequillas de avellana, vainilla y chocolate, bombones de almendra garrapiñada o café, mazapanes de pistacho, flores de azúcar. El deleite del paladar se conjugaba con la divertida sorpresa y la embriaguez de destruir. En un lapso de tiempo muy breve (pero durante el cual engullí el contenido de un pequeño bogavante, de un cangrejo gigantesco, de dos nécoras y un puñado de camarones), la fuente quedó casi vacía. No hablábamos sino para anunciar, como en la lotería, lo que nos había tocado en suerte. Un verdadero festín. Hasta que la voz de nuestro anfitrión nos recordó otras realidades.

—Edmonde, yo de ti no me atracaría tanto y pensaría un poco en mi culo —anunció—. Tú que has conocido el bracamarte de Calígula y todas las mingas que han pasado por el castillo, entérate bien, no te va a divertir

que te clavemos por detrás el colosal príapo de hielo. He visto intestinos perforados por menos que eso.

—¡Piedad, te lo ruego! —imploró la interesada—. Castígame de otra forma, si crees que merezco ser castigada. Ordena que me sodomicen todos cuantos están aquí, incluso las mujeres, con tus horribles consoladores. Haz que me azoten. Haz que venga el perro. Todo lo que quieras antes que el carámbano.

—Nada de piedad. Que nos traigan el príapo colosal inmediatamente.

Mientras Graco se levantaba para ir en dirección a la nevera, el anfitrión se volvió hacia mí:

—Va a ser usted el ejecutor, mi muy querido Baltasar. Es un privilegio que le corresponde en su primera velada en Gamehuche. Pero, sobre todo, no trate con miramiento a esa puta, me disgustaría. Exageré hace un instante al decir que nos era casi indispensable. Nadie hay aquí que no pueda ser sustituido de un día para otro, si nuestro placer lo exige; y si esta joven jamona aquí presente pereciera por su culpa, créame que me encantaría haberle proporcionado tal diversión.

El ofrecimiento era caballeroso, y lo habría agradecido de todos modos, pero hete aquí que ya estaba de vuelta Graco con el temible artefacto; tuve que callar, ante los gritos de alegría que provocó la aparición del órgano, cómodamente instalado sobre el oropel de una piel de foca, servido en una larga bandeja colocada a su vez sobre una gran fuente llena de hielo machacado, con el fin de evitar, durante los preparativos, el mínimo e inconveniente adelgazamiento. Protegido con guantes de lana, cogí el príapo por los testículos y lo sopesé; se empuñaba como uno de esos enormes Colt que envían una bala al ojo de un cocodrilo con la misma exactitud que una carabina. Viola me prestó un metro enrrollable, que con propósitos (presumo) desvergonzados guardaba en un calcetín, con el cual medí el arma antes de devolverla a su helada colcha: treinta y nueve centímetros de largo, veinticuatro de grueso en mitad de la verga, y

veinticinco en lo más dilatado del glande, le proporcionaban un calibre a todas luces terrorífico[3]. Entre tanto, resignada ya al ver que su llanto no servía de nada, Edmonde se puso en manos de los negros para la preparación del sacrificio.

Edmonde era una mujer muy hermosa, aunque de belleza un tanto pasada; cabellos de un castaño casi negro, ojos de color marrón dorado, piel muy mate, labios ensombrecidos por el bozo, rasgos clásicos al igual que todo lo demás, pero el culo era en verdad grandioso. Vestía algo parecido a un largo camisón malva, abierto por debajo de los brazos, para que el busto y las axilas quedasen a disposición del dominio público; lucía en las piernas (en nuestro serrallo Michelette era la única que llevaba medias) calcetines verdes con lirios anaranjados. Todo ello fue dispuesto a mi comodidad sobre uno de los divanes, al que se habían bajado brazos y respaldo para convertirlo en una especie de banqueta, y las muñecas y los tobillos de la mujer quedaron fuertemente atados a las cuatro patas del mueble; un cojín suplementario, colocado bajo su vientre, le obligaba a presentarme el culo en la posición más favorable, cosa a la que, de todos modos, no habría tenido inconveniente en consentir.

Llegó el momento de mi intervención: me facilitaron un cuchillo y, empezando por abajo, rasgué el camisón primero hasta la cintura, luego a derecha e izquierda, para dejar al culo por completo al descubierto. Fue como un éxtasis. Pues había yo apreciado la forma, sí, pero nada en la textura del rostro, de los hombros o de los brazos permitía presumir el esplendor y la blancura de aquel culo, cuya doble cúpula, comparable a un voluminoso globo de azúcar, emergía majestuosamente del cuello de una cintura esbelta. Ni una arruga, ni un pliegue, ni un lunar venían a alterar su admirable redondez, y en cuanto a tersura y firmeza superaban con mucho al mármol más puro, que hacían pensar también en ciertas catedrales de Italia. ¡Las nalgas más sublimes, en verdad, que yo había visto en mi vida! Entre ambas,

un pelaje muy negro, bastante parecido al astracán, señalaba con vigor el término de su línea divisoria. Para teñir de carmín la palidez de aquellos dos hermosos mapamundis, les propiné unas cuantas palmadas que produjeron el efecto deseado; y no pude resistir la tentación de poner mis labios sobre la linda florecilla que se abría ante mí.

—No me lastimes demasiado; seré tuya por completo cuando quieras —oí que me decía entonces en voz baja.

Pero tal ofrecimiento, considerando la situación de la interesada, resultaba tan cómico, que no pude por menos de reír. En aquel mismo momento Montcul me exhortaba a «apuntillar sin preparativos».

Cogí el gigantesco príapo, asegurándomelo bien en el puño, y apoyé la punta en el centro de la abertura anal. Se produjo un encogimiento inmediato, y la florecida, que se había dilatado en beneficio de mis labios, se plegó como si hubieran tirado de ella con un cordón (pensé asimismo en una anémona de mar que se cierra). Acto seguido las nalgas comenzaron a temblar, y los muslos adquirieron ese aspecto granulado que se da en llamar «carne de gallina». Intenté la penetración, haciendo girar el príapo como si fuera un berbiquí, pero la piel del ano, adherida al hielo, giraba con ella, y eso hacía disminuir aún más la abertura. Entonces, para liberar mi instrumento, lo retiré de un golpe seco; Edmonde gimoteó, y vi un poco de sangre en el glande hialino del príapo.

—Empuje, hombre —ordenó Montcul—. No deje que se funda el arma.

Y a Edmonde:

—Tú, abre el culo, y verás cómo entra sola.

Tal como se me ordenaba, esta vez empujé el instrumento con vigor; al contacto del cuerpo frío la contracción muscular se hizo tan fuerte, que sólo conseguí que sangrase más, y los gimoteos se convirtieron en aullidos de dolor.

—Ya puedes gritar, cretina —gruñó Montcul—. Hace

falta más que eso para levantármela.

Para mi constitución, por el contrario, era más que suficiente: mi cipote se erguía dentro del calzón y Viola jugueteaba con él como quien acaricia a un zorro. No obstante, como sea que el culo se obstinaba en resistirse a todos mis esfuerzos y que el artefacto había arrancado un jirón de tejido rosáceo, que pertenecía probablemente a la mucosa intestinal, mi amiga, al objeto de evitar mayores males, tomó de la mesa una aceitera y me la tendió, pese a las protestas del maestro de ceremonias.

En cuanto hube vertido aceite en el ojo del culo y en la raja que separa las nalgas, acerqué entonces un dedo empapado también en lubricante. Efecto extrardinario: apenas advirtió que se trataba de carne humana y no de agua congelada, la florecilla se distendió, se abrió como una boca, engullendo el dedo más que cediendo a su presión. Lo hundí hasta el extremo en el culo, para engrasar bien el interior del conducto. A continuación eché lo que quedaba de aceite en el príapo glacial y luego, manteniendo abierta la florecida con una mano, hundí brutalmente con la otra el glande en el cáliz. La paciente aulló de nuevo, se retorcía su cuerpo sobre la banqueta, y creo que sufría de un modo horrible; el ano, en todo caso, presentaba una dilatación tal que, estoy seguro, produciría raramente la minga de un negro, nunca el más copioso cagajón, y el esfínter se cerraba alocadamente en torno a mi ariete de hielo. Aprovechando el reciente engrasado, y para evitar, si dejaba el príapo inmóvil, que volviese a adherirse a la mucosa, lo empujé sin remisión hasta que los testículos se incrustaron en la piel de las nalgas.

—Bien, asunto concluido —declaré—. El cíclope está ciego.

Y Montcul respondió:

—Ha sido una buena operación. Pero tuvo suerte esa imbécil de caer en sus manos. En el lugar de usted, yo no me habría mostrado tan galante. Por mucha ensalada que hubiese armado, yo la habría sazonado con vinagre mejor

que con aceite.

¡Pobre Edmonde! Todas las miradas estaban puestas en tu culo. Nadie quería perderse el más mínimo detalle de tus sufrimientos, y mientras tus gritos se convertían en el estertor de un animal al que se degüella, mientras que gracias a la terrible quemadura interna perdías, poco a poco, el conocimiento y tu cuerpo tomaba esa apariencia yesosa y blanda que caracteriza a los cadáveres recientes, mirábamos como por entre tus nalgas corría un hilo de sangre y agua que mojaba el tejido de la banqueta. Con tanta furia me excitaba el espectáculo de aquella pequeña muerte, que aparté de mi rabo la mano de Viola, para no eyacular, estúpidamente, en los calzones; así que estudié a mis vecinas, sin saber si lo haría en culo, en boca o en coño. Fue entonces cuando oí sonar una carcajada, cristalina y boba como la que se oye en el internado si a la maestra se le rompen los lentes. Era Michelette, que se aprovechó del permiso para beber y comer hasta aturdirse, y no cabía en sí de alegría.

—¡Edmonde tiene un canelón clavado en el culo y se ha puesto blanca! —gritó con fuerza entre dos ataques.

—Muy alegre está la pequeña —comentó la alemana—. No se la oye más que a ella.

—Querida amiga, usted que ha seguido los métodos de instrucción del parvulario empleados en su país, ¿conoce algún medio eficaz para hacer callar a los niños ruidosos? —preguntó Montcul.

La alemana le sacudió a Michelette un buen golpe en los senos, y murmuró unas palabras al oído de nuestro anfitrión.

—¡Carajo, ya lo tengo! —exclamó éste—. Esa putilla va a disfrutar de lo lindo. Y no volveré a burlarme de los parvularios, si es en ellos donde aprendió tales métodos.

Tras retorcerle la nariz a Michelette, se la arrojó, llorando, a los dos negros, con la orden de que la llevasen en el acto a la sala de los acuarios.

Montcul acompañado de Luna de Warmdreck, y yo con la negra y la mulata a cada lado, seguimos al trío,

dejando a la hermosa Edmonde que digiriese plácidamente el carámbano en su incómoda postura; y confié en que experimentase placer y que yo pudiera depositar mi leche en alguna parte.

En la planta baja de la torre contigua, se abría otra estancia redonda, como el cuarto de baño que daba a mi habitación. A todo lo largo de su contorno había varios acuarios construidos por orden de mi amigo, los cuales, separados entre sí por una simple fila de guijarros, se levantaban en la pared hasta la altura del pecho; en su fondo unas lámparas proporcionaban a la pieza una luz tamizada por la pantalla de agua verdosa. Por el interior evolucionaban peces y toda suerte de animales marinos, entre pequeñas rocas musgosas, conchas y racimos de algas que reproducían más o menos el decorado visible en las profundidades marinas, cuando se llevan gafas de submarinista; burbujas de oxígeno, sin cesar, subían hacia la superficie. Al igual que en mi cuarto de baño, el centro de la estancia lo ocupaba un pilón circular, pero éste, cubierto por una reja hecha de tela metálica, tenía apenas unos pocos decímetros de profundidad, para terminar en un fondo de gravilla y arena. Habría dentro una veintena de pulpos, los cuales, excepto dos o tres, no eran más voluminosos de los que habitualmente se cogen en ciertas oquedades rocosas, donde un parapeto de piedras suele denunciar su presencia, en las playas de Bretaña y de Normandía durante la marea baja. Los más grandes, sin embargo, movían unos tentáculos casi tan largos como el brazo de una mujer. Varios salían del agua para adherirse a la cara interior del enrejado, pero la joven alemana los obligó a ocultarse, pinchándolos con el florete.

—Quitad la reja —ordenó a los negros.

En cuanto le obedecieron, dijo a Michelette pegándole dos bofetadas brutales:

—Mira bien, cochina. Te vamos a meter en ese agujero; así aprenderás a reírte y a armar ruido cuando hablan las personas mayores. Los pulpos se te echarán encima. Vas a sentir cómo te muerden, cómo te chupan la

sangre.

Michelette se debatía, aullaba de terror cuando no la estrangulaban los sollozos, sacudía, queriendo huir, el brazo de la alemana, pero Graco y Publicola, que la tenían bien cogida (vi perfectamente que estaban armados y sus gruesas manos negras palpaban con brutalidad los tiernos miembros de la niña), la columpiaron hasta echarla en mitad del pilón. Hecho esto, se puso inmediatamente la reja otra vez en su sitio.

Los pulpos, recién pescados, no es que siguieran vivos: yo diría incluso que no había visto nada con tanta viveza jamás. Al principio huyeron a la desbandada, al caer Michelette entre ellos, pero les empujamos hacia el centro. La reja era demasiado baja como para que la niña pudiese estar de pie o sentarse siquiera, y allí debajo se revolcaba como una poseída, desgarrando la combinación finísima que constituía su única prenda, y el contacto con el metal le laceraba el rostro, las manos y la piel del cuerpo. Aterrorizados por los movimientos de la intrusa, los pulpos iban de un lado para otro con furiosas sacudidas; disparaban su tinta sobre la arena y en el agua, con golpes como de látigo adherían sus tentáculos a los miembros de la infeliz víctima. No es que esos bichos sean tan peligrosos como algunos pretenden, pero el apretón de sus ocho brazos, la succión de las ventosas con que van provistos, son temibles, sin embargo, y cuando hacen presa en una epidermis infantil con su boca córnea que parece el pico de un loro, la mordedura no es benévola.

A todas luces, Michelette había perdido la cabeza. Tumbada boca arriba, con los cabellos en el agua, las piernas abiertas al máximo, el enrejado le arañaba las rodillas que sangraban. Esta postura de la más absoluta impudicia le exponía a nuestras miradas mejor (o peor) que si estuviese desnuda, aunque algún jirón de crêpe o de encaje aún engalanaba aquí y allá su cuerpo magullado y sucio. Cinco pulpos que se habían pegado a ella, ya no se movían, con sus tentáculos estrechamente

aferrados a la piel de sus flancos, de su vientre y de sus muslos; otro, el más grande, fue a posársele en la cara, convirtiéndola en una máscara espantable y burlesca. Esta confusión de carne infantil con los moluscos cefalópodos, en un decorado de seda y encajes rotos, de sangre, de tinta animal, de arena y de agua salada, adquirió entonces un grado de bestialidad grandiosa, donde había tal vez algo de eso que confusamente se da en llamar *sublime*, y me sentí poseído por el delirio. Agarré a Viola, tratando de arrancarle la bata, y la hice caer sobre la reja; pero no era yo el único que acusaba los efectos del espectáculo, y no me dio tiempo a empitonarla.

—¡Por todos los culos del cielo y de la tierra, creo que se me va a levantar! —rugió el señor de Gamehuche.

Las mujeres corrieron solícitas a su alrededor, y Viola, temerosa, se apartó de mí al escuchar su voz y no fue la única en desembarazarse de su atavío. Frotado por senos y nalgas, cosquilleado por pestañas, manipulado, maneado, mamado, el hisopo de Montcul pronto se irguió con fiereza. Era en verdad un hermoso ejemplar, no monstruoso en lo que atañe a longitud, si hay que creer a la docta Viola, pues apenas alcanzaba veintitrés centímetros, pero sorprendía por su perfil de maza y por el enorme glande carmesí (¡dieciocho centímetros de circunferencia!) que lo remataba. Su rasgo más destacable era una membrana dentada como la cresta de ciertos saurios, jaspeada de rosa y malva, que pendía desde el glande hasta el escroto. He visto pocos hombres en erección, por no ser en absoluto pederasta y no demasiado amante de las orgías, así que no puedo afirmar con certeza si tan magnífico ornamento, del que M. de Montcul se vanagloriaba, era una pieza única. Médicos consultados más tarde así me lo aseguraron; creo gustoso en su palabra. En cuanto al resto, mi amigo poseía el cuerpo de un Baco, tapizado por un vello abundante entre castaño y rojo, debajo de un rostro impecablemente afeitado y frío como el de un pastor protestante.

—¡Destapad el pilón, deprisa! —gritaba—. La putilla

está ya a punto y en su jugo. La voy a estoquear por delante y por detrás, y que me condene ahora mismo si no derramo mi savia a torrentes.

Quitada la reja, Montcul, con la ayuda de la alemana y de Viola quienes le sostenían por los sobacos, saltó dentro del agua sucia con un ruido de salmón que cruza un dique. Nos llenamos de salpicaduras, mientras se redoblaba la agitación de los pulpos, como si nadasen en una balsa de agua caliente. Tuvimos que batallar para echarlos otra vez al interior, cuando, deseosos de huir, trepaban fuera del estanque. Uno se aferró el talón del inglés, otro a la nuca, pero Montcul, sin preocuparse de ellos, se apoderó de Michelette, asiéndola con rabia, maltratando cruelmente sus diminutos senos y sus nalgas, mientras mordía con todas sus fuerzas al grueso pulpo que se crispaba sobre el rostro de la niña. Otros dos, más pequeños, metidos entre los muslos, le cerraban la ruta del virgo; los arrancó de allí, y vimos como les introducía los pulgares en el cuerpo (en forma de saco) para volverlo como un guante y sacarle las tripas fuera, frotándose luego con ellas el pene y los testículos. Luego volvió a su víctima, con vociferaciones en las que creí oír una sentencia de muerte, y en cuanto la tuvo dispuesta en postura conveniente, sin otra preparación que la proporcionada por las entrañas del pulpo, hundió su estoque hasta la guarda en el vientre de la doncella.

Salida de su inconsciencia, Michelette redobló sus aullidos. Pensé que Montcul debió de herirla gravemente con su enorme clava, pues la sangre manaba en abundancia entre el agua manchada de tinta; pero continuó ahondando en el conducto durante al menos doce minutos, sin la menor piedad. Cuando salió de ella, sin haber descargado, el dardo era aterrador, babeaba una espuma sanguinolenta por todas las puntas de la cresta, como una iguana que hubiese jugado un horrible papel en alguna porquería ritual. Le dio la vuelta a la niña para desgarrarle el culo con mayor brutalidad que la empleada en romperle el virgo, y le cepilló el ano un espacio de

tiempo aún mayor. Por fin, no sin unos cuantos gritos, echó hacia atrás la cabeza de su víctima, para morder otra vez el grueso pulpo que aún le enmascaraba, arrancándole con los dientes un ojo al bicho, cuyos tentáculos vibraban y chasqueaban como rayos en un fuego de artificio; sólo entonces eyaculó, y su descarga debió de ser prodigiosamente abundante, pues se prolongó varios minutos, acompañada de convulsiones que sacudían su voluminoso cuerpo caído en el pilón.

Al levantarse, vacilante, embadurnado de rojo y de negro de la cabeza a los pies, lo mismo que un dios indio con su pintura fúnebre, con el cimborio aún enhiesto, y algunos pulpos todavía pegados aquí y allá en la piel, su aspecto era realmente espantoso y magnífico.

—¡Bien! —exclamó satisfecho—. Con salsa y algo de guarnición es como hay que servirme a esas putillas. Comprenderá ahora el porqué no rindo con frecuencia honor a sus encantos fuera de mi casa.

Y majestuosamente nos abandonó, seguido de Cándida cuya atención había reclamado con un capirotazo. Tras las vidrieras, los congrios serpenteaban con lentas ondulaciones, y los siluros se encarnizaban con un débil compañero de especie.

Yo no había sosegado el rabo desde la hora del almuerzo. Ya era hora, me parecía, de pensar un poco en exprimir mi zumo. Con esta saludable intención agarré a Viola, que se masturbaba junto a mí al borde del pilón; puesto que en lo referente a la joven princesa, yo sabía muy poco de los lazos que podían unirla al propietario de Gamehuche, a quien por nada del mundo, naturalmente, querría poner celoso; por otra parte la mulata me agradaba más. Pero ésta, que recién acababa de satisfacerse, me rechazó con cortesía.

—Soy toda tuya, ya lo sabes, mi buen hermano —aseguró—. Pero el conejo ha corrido tanto que ya no puede más. ¿No preferirías desvirgar del todo a esta personita? Le queda la boca…

Semejante proposición, no es preciso subrayarlo,

colmaba mis deseos. Michelette fue sacada del pilón, que se tapó de nuevo, después de volver a echar dentro cuatro o cinco pulpos aún pegados a sus piernas o que se arrastraban por la parte inferior de los acuarios. La niña parecía en ese estado de postración y languidez que sigue de ordinario a los ataques epilépticos: el aire hosco, la mirada estúpida, la tez lívida, un temblor continuo, manchas de tinta y de sangre como las del cuerpo de su verdugo, he de admitir que todo ello la hacía terriblemente excitante para mí.

—De rodillas, cochina —ordenó Luna (masturbándose mientras hablaba), quien asumía decididamente en Gamehuche las funciones de maestra de ceremonias, en lo que a libertinaje respecta—. Abre bien la boca. Como tengas la desgracia de morder al señor Baltasar o de escupir aunque sea una gota de lo que va a depositar en tu garganta, te arrojaré otra vez a los pulpos y te quedarás sola con ellos. Volveremos para recoger tus huesos mañana por la mañana.

El negro Publicola se encargó de sostenerme a la niña entre sus piernas, obligándole a ponerse de rodillas por el procedimiento de retorcerle los brazos a la espalda. El cerdo de piel oscura tenía empinado el cirio y, con ligeros movimientos de pelvis, lo frotaba contra la nuca de Michelette. La alemana y Viola se masturbaban mutuamente, sentadas con comodidad sobre la reja para no perderse el menor detalle de mi actuación.

Agarrándola de los cabellos —de un ridículo color platino y cortados (¿lo dije antes?) a lo Juana de Arco—, le castigué los ojos con una serie bien administrada de golpes con mi badajo, que en cuanto a volumen y dureza nada tenía que envidiar al bastón de un mariscal de Francia (o de cualquier otra parte). Tan congestionado aparecía el órgano que no osé prolongar mucho mi diversión —de delicado refinamiento por otra parte— ante el temor de una descarga precoz. La paciente, de rostro enormemente tumefacto por las mordeduras del pulpo, abría a la altura de mi bajo vientre —como ante

los instrumentos del dentista— una boca resignada a todo, por la que asomaba la punta rosada de la lengua. Entonces, sin más dilación, irrumpí brutalmente en ella. ¡Qué suavidad la de aquel cáliz! Lo único que lamento es no haber sabido bregar más largamente a la ingenua, quien soportaba sin quejarse (¡y con motivo!) el sable que invadía su gaznate con fuerza como para aplastar la glotis y ensanchar definitivamente contra mí el rostro que pretendía en vano apartarse, asía los pálidos cabellos para arrancarlos a puñados, y le mortificaba con pellizcos las orejas. En el mismo instante, la negra salchicha de Publicola soltó, sobre la nuca y los hombros de la niña, un chorro blanquecino. Espeso y caliente, el esperma del gigantesco negro despedía un olorcillo a salvajina, que era casi insoportable.

—Trágatelo todo —ordenó Luna, inclinada sobre nosotros, a quien el dedo de su amiga hacía salivar el nido, seguramente, como un caracol de viña—. Ay de ti si dejas una gota.

Con un esfuerzo que algunos juzgarán heroico, la niña obedeció. Me aparté de ella, aplacado, satisfecho, pero cubierto también de manchas de tinta.

—¡Torpe ramera! —gritó la alemana, al advertir en mi ropa las manchas provocadas por el contacto de la víctima—. ¿No perderá nunca la costumbre de frotarse con las personas para ensuciarlas? Esta vez merece que la castiguen de veras. Vamos, vosotros dos, llevadla al comedor y sujetadla al suelo con las argollas.

Graco y Publicola se apoderaron nuevamente de la niña, demasiado ausente como para derramar lágrimas. Entre tanto, Montcul había vuelto, limpio y engalanado gracias a los buenos oficios de Cándida, con un ligero toque de polvos, perfumado, peinado a grandes ondas.

—Bribones, habéis estado jodiendo sin esperarme —nos saludó efusivamente.

En cuanto la señorita de Warmdreck le puso al corriente de sus nuevas órdenes, las aprobó sin vacilar:

—Siempre somos demasiado buenos con los niños. ¡Si

no estuviese usted aquí, querida e inestimable amiga, para castigar a esta pequeña cuando se porta mal, se me cagaría encima y se comería la mierda! No digo, por otra parte, que eso me resultara del todo desagradable; pero cada cosa debe venir a su tiempo. Y que sea ahora el momento de jugar un poco con los perros, me parece excelente. Hacía mucho que no nos concedíamos ese placer, que me enloquece; estoy seguro de que complacerá también a Baltasar. Vamos pues, los negros ya habrán hecho los preparativos.

Retornamos al comedor. Edmonde seguía en la misma postura con que la dejamos antes de distraernos con los pulpos, y sobre la banqueta su culo reinaba en mitad de la rotonda con un esplendor incomparable; bajo el mueble, se percibía un pequeño charco sanguinolento, el único vestigio del cimborio magnífico con que la había yo obsequiado. La hermosa había vuelto a la vida: su tez rosada y sus ojos brillantes certificaban que había absorbido sin daño el enorme falo, y que en caso necesario o a la primera ocasión ella absorbería otro más gigantesco aún, hasta tal punto aquella joven encantadora estaba dotada de aptitudes milagrosas para la sodomía. Tuvo para mí una sonrisa amable, cuando pasé a su lado, y me rogó que empujase un poco la banqueta, para que no dejase de ver lo que iban a hacerle a Michelette. Satisfice su deseo, y luego la saludé, como anteriormente, con una pasada de lengua por el ojo del culo, pues me pareció que tal «besamanos» era lo que convenía a una persona de su carácter y en su situación.

Los demás se habían sentado como en el teatro, en banquetas dispuestas en forma de media luna. Ante ellos, en el suelo, vi a Michelette a cuatro patas, cual si estuviera jugando como las niñas de su edad, sólo que llevaba un collar fuertemente abrochado en la nuca, un collar de perro grande con clavos de plata y mechones de crin; una cadena corta que sujetaba el collar a una de las argollas clavadas fijas en el suelo, le impedía completamente ponerse de pie. Sobre aquel fondo de

madera negra, con su cuerpo de chica iniciada demasiado pronto, sus cabellos casi blancos, la pintura corrida por todas partes, las contusiones y la suciedad que la cubrían, resultaba una putilla deliciosa; a pesar de mi reciente satisfacción, y aunque no estaba muy al corriente de lo que le iba a ocurrir, sólo con mirarla experimenté furiosas punzadas en las partes que llaman nobles.

—Ya estás a punto, bribona —rió Montcul—. ¿Sabes lo que te aguarda?

—Naturalmente que lo sabe —contestó la alemana—. Estaba presente, y se divirtió, durante la exhibición de la baronesa Séfora. Pero ay de ella si no se queda a cuatro patas y hace de perra como es debido. Pues tendría que vérselas conmigo, y ya sabe lo buena que soy yo…

—Empecemos —ordenó el amo—. La niña se fatigará en esa postura incómoda, si no le proporcionamos un poco de ejercicio. Publicola, tráenos a Nelson y a Wellington; y quiero que alguna de vosotras vaya a buscarme el tarro de los polvos.

Viola fue la más diligente en llevarle cierta vasija, que sacó de los cofres disimulados bajo las camas de pieles. Cuando Montcul lo abrió, para mostrarme el contenido, vi un polvillo oscuro, parecido al rapé.

—Es un polvo que atrae a los perros, que puede usted comprar en las tiendas donde venden artículos de «broma y engaño» —explicó—. Dicho de otro modo: secreciones de perra en celo, secas y pulverizadas. Resulta increíble, por estúpido que sea el código, que drogas a fin de cuentas poco peligrosas, tales como el opio o el hachís, se vean sujetas a la reglamentación estricta que ya conoce y que las pone fuera del alcance de los comunes mortales, cuando este ingrediente, más subversivo que una llamada a las barricadas, se vende libremente por todas partes. Imagínese, se lo ruego, el maravilloso escándalo que se produciría con sólo arrojar una pizca en desfiles civiles y militares, exequias nacionales, retretas con antorchas, visitas de soberanos extranjeros, grandes concentraciones deportivas… Pero eso que digo ya lo imaginó Rabelais,

quien ha indicado con toda claridad el empleo de mi instrumento profanador (y que sin duda debió de experimentar él mismo). Lea primero, o relea, el capítulo veintidós del segundo libro. Hallará enseñanzas muy útiles sobre el papel de ese preparado en la perversión pública. Veamos ahora cómo sirven a la perversión privada.

El negro, entreabriendo la puerta, anunció que los animales estaban allí.

—Bien. Sujétalos un momento —indicó Montcul—. Ya te llamaré cuando la perra esté a punto. Entrarás primero con Nelson. Al otro le tocará el segundo turno.

Y añadió:

—Nelson empitona y Wellington encula. Al menos así los amaestré, del mismo modo que les puse sus nuevos nombres. Cuando llegaron —acompañaban a un oficial alemán que me entregó el maquis, y que sucumbió en mis experiencias antes de que se me ocurriera preguntar el nombre de los animales— no sabían hacer nada.

Luego se dirigió a Viola:

—Te toca a ti, que eres nuestra viciosa titular. Es una labor que compete a tus lindas manos por derecho de costumbre. Los perros te conocen, te quieren, se les pone dura en cuanto te olfatean, tantas veces los has masturbado en el ejercicio de tus funciones o por capricho.

La mulata tomó de sus manos la vasija, para luego inclinarse ante la parte posterior de Michelette. Yo me incliné también, pero sin abandonar mi asiento, para no perderme un ápice del nuevo tormento que aguardaba a la infeliz. Mi amiga le acariciaba dulcemente la grupa, como se les hace a las cabras cuando se desea que levanten la cola para ofrecer el conducto que la naturaleza consagró por excelencia a las prácticas bestiales, pasándole la mano por la línea entre el coño y el ojo del culo. Luego, con mucho cuidado de que no se le cayera, tomó un pellizco de polvos, que sus dedos introdujeron en el nido aún ensangrentado. Sin prestar

atención a sus gemidos, untó también, metódicamente, los labios del sexo, secándose después la mano en las nalgas; acto seguido, en cuanto hubo cerrado la polvera, se apartó de la niña cuadrúpeda.

—¡Nelson…! —llamó Montcul.

Acudió corriendo hacia nosotros un dogo de la especie más grande, cuyo pelaje era de ese gris claro, más bien siniestro, que designa muy bien el adjetivo *lívido*, justamente el color del yeso cuando se mezcla con impurezas. Las orejas, cortadas en punta, se erguían como cuernos pequeños y rechonchos, por encima de ojos de pupila verde pálido que se inflamaban a la luz de las velas como los de los gatos. Se detuvo en mitad de la pieza y olfateó, mientras que un hilo de baba le caía del hocico, y entonces se le puso rígido el espolón y el glande brotó, escarlata, de su funda vellosa.

—Estos animales se empinan con una rapidez demoníaca —observó Montcul, más pródigo en comentarios que un pregonero de feria—. Éste, sin embargo, posee el instrumento de un calibre que la mayor parte de los hombres (hablo únicamente de los blancos) le envidiaría.

Por parte del can, el grupo en el que yo estaba no recibió más que desprecio. Decepcionado por nuestro olor y por nuestra inmovilidad, la bestia feroz se lanzó primero contra Viola, la única que estaba de pie y que había estado muy en contacto con el extracto de perra como para no conservar, en ella, algún relente. Puso sus patas sobre los hombros de la muchacha (era como si un gigante la sacase a bailar), la hizo recular, casi caer, y dirigía furiosos golpes de pelvis hacia el lugar donde se encontraban su herramienta y el suave vello que se traslucía a través de la bata.

—Abajo, Nelson —ordenó la intrépida hermosa—. Esta noche tendrás algo mejor que yo. Ves a embestir a la niña, perro bonito.

Se desasió sin esfuerzo del animal, que gruñía, para empujarlo hacia Michelette. En cuanto hubo olfateado las

partes espolvoreadas, se lanzó sobre la niña, cuyo torso abrazó entre las patas, culeando a un ritmo tan frenético que ciertamente ni uno solo de mis lectores, de ser sometidos a semejante prueba, la habría soportado. Viola le dispensó una leve caricia, como hizo antes con la grupa de Michelette; acto seguido, sus largos dedos ahusados tomaron el enorme adminículo, y lo guiaron hasta la quisquilla, en la que penetró, clac, al primer intento, como una cuchara en la tripa de una perdiz demasiado provecta. El dogo cabalgó vigorosamente durante cuatro o cinco minutos, sin provocar otra reacción en su montura que sobresaltos de dolor (eché a faltar un espejo que, dispuesto ante nosotros, reflejara el rostro y tal vez los sentimientos de la asaltada); luego se detuvo y quedó como alelado, mientras un desagradable olor a perrera invadía la estancia. Graco fue a tirar de él por la piel del cuello. Con terribles sacudidas, lo desenganchó a la fuerza, en tanto que Michelette, medio estrangulada por el collar que la retenía, aullaba, se debatía, a la vez que del coño desgarrado por la amplitud de la maza manaba un nuevo reguero de sangre.

—¡Viva Inglaterra! —vociferó Montcul, bebiendo de un vaso de ginebra en la que había hecho pis la princesa de Warmdreck—. Y ahora, puesto que la marina ya no puede más, que venga el ejército. Traed a nuestra gloria nacional número dos.

En manos de Viola, la polvera prestó nuevamente sus buenos servicios; Nelson fue encadenado, triste y corrido por lo demás. La puerta dejó paso entonces a Wellington, y me sentí invadido por el terror, pues éste, mayor y mucho más brusco que su congénere, era negro de la cabeza a las patas, fuera de los colmillos que tenía muy blancos, así como de las encías, la lengua y la verga, del mismo tono rojo que las heces del vino. Entró ya con esta última tercamente erecta, excitado quizá por el olor que pudo llegar a su hocico por debajo de la puerta, o bien habituado ya al ceremonial del acto. Sin prestar atención a Viola, fue en dirección a la niña hacia donde corrió,

para atraparla entre sus gruesas patas del mismo modo que Nelson; pero no fue más hábil que él para hallar por sí solo donde introducir su órgano. Como su esgrima resultaba bastante torpe, por mucha actividad que mostrase la alabarda, Viola se prestó a guiarla también hasta la explanada del templo donde debía de oficiarse el sacrificio. No sin alguna resistencia, logró ensartar su arma, hasta los testículos, en la florecilla; la fuerza de sus golpes era tanta, sin embargo, que hubiese acabado con un culo de oveja merina, de ésos que dicen en Béziers que son los más coriáceos.

Mientras no hubo terminado, la niña no dejó de debatirse ni de gritar. Era como si se hubiese vuelto completamente loca; pero aún en esa locura continuaba obedeciendo las órdenes recibidas y permanecía, como una perra, a cuatro patas. Con toda probabilidad, al correrse, el perro le mordió una oreja con crueldad. A continuación, más o menos igual que el animal que le había precedido, cayó en una especie de abatimiento.

Todos los esfuerzos habrían resultado vanos para extraerlo, hasta tal punto se estrechó el esfínter o tal volumen adquirió la cachiporra dentro del conducto, de no traerse, en última instancia, un cubo grande de agua fría, que desunió a la triste pareja al ser vertido sobre ella. Y así el duque de hierro fue a reunirse con Lord Nelson.

—Esta niña ha quedado en verdad perfectamente desvirgada —declaró Montcul a guisa de conclusión.

Nadie le respondió, tan vacíos (o colmados) nos sentíamos, como si hubiéramos gozado nosotros con los perros. Sus siguientes palabras fueron entonces para Graco y Publicola:

—Vosotros dos, lleváosla. Divertíos con ella de todas las maneras que queráis. Pero despachadla antes de que amanezca. No quiero ver el menor de sus restos, y que no vuelva a oír hablar de ella.

—Confía en mí, si éste es tu deseo —se ofreció Luna, que se había levantado con los negros.

Y salió tras ellos, mientras se llevaban a su presa, que seguía soltando alaridos. Su rostro tenía una extraña expresión, entre extraviada y triunfal.

—¿Quién es esa baronesa Séfora, de la que se habló hace un rato? —pregunté unos instantes después, más por romper el silencio que por curiosidad.

—¡Oh! —exclamó Montcul—. *Era* una persona más bien desprovista de interés. Una austro-polaca, con más de cincuenta años cumplidos, que me entregaron los miembros de un maquis, donde se refugió por miedo a la policía alemana. Se daba unos aires que no venían a cuento, pretendía hablar de teosofía, decía alimentarse únicamente a base de huevos crudos, lactinios y miel. Y como también afirmaba detestar a los animales, a los perros en particular, a la manera de Restif, me divertí haciendo que mis dogos jodieran a aquel pellejo. Lo más gracioso de la historia fue cuando se negó a ponerse a cuatro patas; estaba dispuesta al martirio, si así lo queríamos, pero preocupada también por preservar su «dignidad de ser humano». Y eso que se revolcaba desnuda por el suelo, y sus muslos, marcados por la celulitis, tiritaban como gorriones mojados. Para obligarla a hacer de perra, tuvimos que atarle las manos y los pies a las argollas que ve usted aquí, además del collar que ha bastado con Michelette, y ponerle bajo el vientre un haz de ramas de acacia. Tendría que haber visto usted qué hermoso culo espolvoreado le ofreció a Wellington. ¡Qué esponsales! La bribona hubiera pedido más… Quisiera que me disculpe, me siento algo fatigado de pronto. La culpa es de esa pícamela a la que están despachando. ¿No quiere continuar mañana —con el mayor placer por mi parte— nuestra entrevista? Podría reunirse conmigo hacia mediodía, en las murallas del castillo, y charlaríamos de cara al mar antes de que llegue la hora del almuerzo.

Acepté la cita. Le di las buenas noches a mi anfitrión, que se retiró. Liberamos a Edmonde, que gemía bajo sus ligaduras, y me fui a mi habitación con Viola y Cándida, y en la amplia cama circular nos tiramos todavía una buena

partida de sable, antes de sucumbir al sueño, ese sueño tan agradable que se tiene después de soplar, que resulta plácido, profundo y reparador, y que en verdad merece el nombre de sueño de los justos o sueño de los inocentes.

Al despertarme (por primera vez, debería añadir), era ya de día y estaba solo en la estancia redonda. El desorden de las sábanas, jaspeadas, no lejos de mí, de semen seco, daba fe aceptablemente de que no había soñado ciertas hazañas de la víspera, y pensé que, si salía, y luego volvía a entrar, se me metería en la garganta ese olor potente que dejan las mujeres de piel negra al pasar la noche en un lugar cerrado. Me abstuve, sin embargo, de hacer la prueba, prefiriendo estarme quieto entre un hedor del que sólo notaría (con la ayuda de la costumbre) una atmósfera un poco cargada. Ésta, la fatiga y mi inmovilidad actuaron como una buena dosis de narcótico: me volví a dormir otra vez.

No habría transcurrido mucho tiempo cuando un alegre alboroto me despertó nuevamente. Vi aparecer entonces a mis bellas amigas, quienes (empujando, tirando y con esfuerzo) sacaron del hueco de la escalera una bandeja de impresionantes dimensiones, la cual puesta sobre el lecho como una mesa, contenía grandes tazas llenas hasta arriba de un chocolate espeso y maléfico, una pirámide de tortas sacadas del horno a medio cocer, compoteras con crema de anchoas *aux fines herbes*, picadillo de carne cruda y cebolla, confituras de flores de acacia, de capuchina y de violeta. Con la excusa de cobrar nuevas fuerzas, nos lanzamos al asalto con glotonería; recuerdo que mis amigas estuvieron a punto de ahogarse de risa (olvidaba decir que, para atracarse, se habían desnudado completamente, y que tampoco yo llevaba la menor prenda) cuando una tartina de violetas me embadurnó los labios y el paladar de ese color que caracteriza a los perros
chow-chow

, y que en ellas resultaba del todo invisible, naturalmente. Las virtudes de tal colación, que se me permitirá llamar *almizclada*, no tardaron en hacerse notar, y recompensé a mi vez a las lindas golosas llenándoles la boca, y luego el vientre, pero a golpes de pica. Confesaré, para ser francos, que sólo Viola obtuvo licor; no quería yo, de buena mañana, mellar demasiado el arma.

Después de esta tempestad, vino la calma; a continuación bajamos los tres al cuarto de baño, y allí, en el gran estanque previamente lleno de un agua con toda probabilidad saturada de gas, pues humeaba y burbujeaba como el champán tibio, nos entretuvimos largo tiempo en abluciones en verdad deliciosas por los pretextos que ofrecían a juegos inocentes y perversos, y búsquedas íntimas, a placenteras comparaciones, a falsos candores y a curioseos infantiles, así como a la satisfacción de los susodichos curioseos. Resumiendo, salí del baño armado de nuevo, los muslos tirantes, la cabeza despejada, el corazón ajustado como un cronómetro. No hay nada como las niñerías para reanimar a un hombre. Y más que a Baltasar, cuyo nombre me habían adjudicado, me comparé al rey Salomón en su edad más venerable, que recuperaba el vigor de sus años jóvenes prestando su cuerpo a los retozos lascivos de desnudas jovencitas.

Me afeité; Cándida me frotó con el guante de crin; Viola me pasó varias veces la lengua, además de talco, por lugares particularmente sensibles. Las dos, inmediatamente, me ayudaron a vestirme. Del mismo modo que la víspera, y, por encima del brillante ropaje que ya he descrito, me echaron una larga capa, de apariencia más bien pastoril, que por el color y la materia del tejido parecía cortada de una pieza de espuma solidificada. Salimos, en cuanto cubrieron sus desnudeces con vestidos de astracán, abiertos por delante como levitas, cuya piel apenas se distinguía del vello lustroso de Cándida; no obstante, dejé a mis amigas en el patio, al pie de una escalinata donde me indicaron que debía yo emprender solo la ascensión.

No encontré a nadie allí arriba. Soplaba un fuerte viento, que me congeló, y me arrebujé friolentamente en la tela, gruesa por fortuna, que el aire hacía crujir. Tomé el camino de la ronda, por donde se llegaba a una terraza de hermosa vista, si bien de trazado irregular, situada por encima de lo que describí como el cuerpo principal de vivienda, es decir, el torreón y las dos pequeñas torres laterales; dicha terraza, bordeada por un parapeto no muy alto, seguía evidentemente por el lado del patio la línea festonada de los edificios que la sustentaban, mientras que por el lado del mar quedaba delimitada por la curva de la muralla. Faltaría poco para el mediodía, ya que mi sombra dejaba en las losas de granito una mancha no mayor que un conejo de buen tamaño. La pleamar había pasado poco antes; la corriente refluía, perfectamente visible en el trayecto de los bloques de espuma, los fucos y pequeños cuerpos flotantes. Una boya tiraba de la cadena hacia alta mar; pero había que recorrer varios metros para que apareciese la calzada que unía el castillo con la tierra firme, y las olas, sin romper, lamían la base de la muralla como hacen con el casco de un buque en aguas profundas. Pájaros grises se arremolinaban, emitiendo gritos inarticulados.

—Ya es un poco tarde para ver cómo se zambullen —dijo una voz—. Al subir la marea, los peces se asoman a la superficie, y se lanzan entonces sobre ellos para capturarlos.

El hombre que yo esperaba, advertido, supongo, por las negritas, había subido sin que le oyera, y allí estaba junto a mí, con la cabeza descubierta, los cabellos al viento, y el resto confortablemente protegido por una pelliza de zorros del país, que le arrastraba un poco sobre las pantuflas.

Cuando se ha tenido la suerte (o la desdicha) de verlo, el rostro de Montcul no se olvida fácilmente, y estoy convencido de que las víctimas de ese hombre, al cerrar los párpados por última vez, se llevan consigo su imagen en la muerte. Un poco más corpulento de lo normal, en lo

que a proporciones atañe, el rostro de que hablo aparecía horadado por ojos grandes y muy claros, de pupila amarillo paja, sobre los que se dibujaban cejas rojizas y muy finas; la nariz es grande, un poco arqueada por encima de ventanas muy abiertas y trémulas; también es ancha la boca, de labios muy pálidos, severamente cerrados, encorvados voluptuosamente como el morro de los grandes felinos; la piel, casi demasiado blanca, está tan cuidadosamente afeitada, empolvada con tanta exactitud, que jamás puede apreciarse en ella el más mínimo vestigio de vello. Flota sobre todo eso una larga melena cobre y caoba, partida en dos por una raya más o menos por encima del ojo izquierdo, y que cae hasta más abajo de las orejas, a la moda de las mujeres y de ciertos pederastas ridículos (aunque Montcul, que no es pederasta, puede ser *todo* menos ridículo). El cuello, un tanto femenino, aparece redondeado en la parte inferior como por un comienzo de bocio, y Montcul no lleva nunca más que cuellos (de seda) abiertos y muy amplios. Habría que mencionar también un aire entre águila real y prelado anglicano, que no es el rasgo menos singular del personaje.

Hablo de él en presente, como si estuviera vivo, pues por lo que he podido saber (y que se sabrá más adelante), dudo mucho de que lo siga estando.

Al ver que le examinaba de pies a cabeza, se echó a reír.

—¿Qué opina de nuestro carnaval? —preguntó.

Y como no sabía yo muy bien cómo responderle, prosiguió:

—No me tome por una loca que intenta disimular las incertidumbres de su alma disfrazándose como un travestí. Sería necio, sin embargo, que niegue la afición un tanto exagerada que siento hacia las máscaras y todos los disfraces posibles e imaginables. Sólo a semejante afición debe usted imputar el menú que se le sirvió anoche: resígnese, pues los sucesivos serán del mismo orden, o, si lo prefiere, del mismo desorden. Admitirá

también que, en cuanto decidí alejarme del mundo, romper definitivamente con mi ambiente, mi existencia pasada, y puesto que con tal fin me hice propietario de este castillo, como ya hemos visto situado al margen de la tierra de los hombres, un castillo que he hecho reconstruir y decorar sin ninguna pretensión estética sino con la única ambición de crear un clima de extrañamiento, admitirá pues, como decía, que era conveniente desterrar la ropa que hoy casi sin excepción se lleva de un confín al otro del mundo. Una ropa, que además de ser bastante desagradable de aspecto, e incómoda para las partes delicadas de nuestro cuerpo, apesta a vulgar burgués británico, una criatura que en la escala de los seres naturales situaría apenas por encima de la rata de cloaca (*mus panticus* según los zoólogos). Pero este siglo XVIII de fantasía con que visto a todos quienes, de buen grado o por la fuerza, se reúnen conmigo en Gamehuche, tampoco me lo tomo en serio, entendámonos; sin embargo, creo que no le sienta mal a usted y le sienta maravillosamente a mis negros. Por cierto que de esas batas que vestimos usted y yo, bajo nuestros recios abrigos, la idea me vino escuchando una de las cosas que me son más queridas en el terreno de la música: el fin del primer acto de *Don Giovanni*. Salta a la vista que los dibujos del único inglés que haya sabido jamás emplear el lápiz o el pincel (y que reposa en el cementerio de Mentón, dicho sea para abreviar la adivinanza) me han ayudado considerablemente a componer mi vestuario.

Si formulé alguna respuesta en aquel momento, fue insignificante y no deseo recordarla; como tampoco el papel (únicamente de comparsa) que desempeñé en la conversación. Así que serán los pensamientos de Montcul (un poco lo que los anglosajones llamarían los *Montculiana*) lo que citaré de ahora en adelante, y desde luego no en el mismo orden con que fueron expresados aquella mañana. Pero no por ello serán menos representativos del genio extravagante de mi anfitrión, el

señor de Gamehuche.

—He vivido en la mayor parte de las capitales de Europa, sobre todo en París y en Londres. Le confieso que siempre me aburrí enormemente con esos pasatiempos viriles que, según su lenguaje y su temperamento, denominaría usted *juerga, libertinaje, galantería* o *vicio*: sus limitaciones, con las que se tropieza demasiado pronto, jamás me permitieron experimentar un placer auténtico. El adulterio, por sofisticada que sea su envoltura, ¡vaya purga, francamente! Y desnudar a esas mozas que desprenden un fuerte olor a bacalao, en la rué Paul-Valéry, o también en una casa acogedora de la rué du Bac, llena de gatos siameses y objetos anatómicos que parecen *exvotos*, de yeso, ¡vaya letanía! Tantos hombres como hay cuyo mayor orgullo reside en *perseguir busconas, conquistar mujeres*; ¿no les cabe en la cabeza la idea de que, en toda caza, lo esencial es *la suerte de matar*? Hablan de ojear, perseguir, acosar; pero se contentan con un juego tan ficticio y fácil como una fornicación vulgar tras un baile en familia, en vez de entregarse al puro desenfreno del cazador en pos de su presa.

* * *

—Nada hay tan frágil como la belleza de una mujer hermosa. Bastan una navaja en manos de un negro (o en el puño velludo de un orangután, según nuestros clásicos predilectos) y tres movimientos de alguna presteza, y lo que fue tu perla, tu tulipán negro, tu ídolo, tu obra maestra de la creación, parecerá la cabeza despellejada de una ternera.

* * *

—Y además, dígame usted, ¿cómo admitir que esas putas que nos sirvieron, sirvan luego a tantos otros? ¿No

hay una imperdonable falta de estilo en semejante tolerancia? ¿No le parece también eso en flagrante contradicción con cuanto le exigimos al placer? Al saborear un pescado, o un ave, nuestra satisfacción es mayor, y digerimos mejor viendo que en nuestro plato no quedan sino unos cuantos huesos mondos. Del mismo modo el libertinaje implica, a mi entender, la destrucción de la víctima, cuyo único objeto es el de darnos satisfacción con su cuerpo. Pues no existe otro medio de extinguir realmente el deseo.

Si yo fuese capaz de amar, creo que podría casarme, y mi amor sería fiel a través de todas las pruebas y hasta en los más grandes suplicios.

* * *

—No tendrá compasión de esa joven alemana, que conoció usted anoche, porque no la amo realmente y jamás pensé en la posibilidad de esposarla; sin embargo, *se parece tanto a mí en ciertas cosas,* que hasta ahora he evitado lo irreparable. Ninguna de mis putas precedentes, por otra parte, me ha exprimido más zumo que esa condenada. Así que el peligro aún está lejos para ella. Pero no creo que se haga la menor ilusión acerca de lo que le espera al término de sus servicios.

Recuérdeme luego, cuando nos sentemos a la mesa, que le cuente cómo llegó al castillo. Es una historia muy divertida.

* * *

—Durante los últimos años que pasé entre los hombres, antes de ponerme este hábito de ermitaño, excitaba mi fantasía el imaginar (y ejecutar, casi siempre) muchas cosas que pueden llevarse a cabo sin dificultades insuperables, pero de las que nunca a nadie se le ocurre la idea, por desgracia. Por ejemplo, robar es aburrido,

infantil y ostentoso como un clavel en el ojal, a menos que uno lo necesite (y en ese último caso resulta mucho más fácil ganar legalmente sus *banknotes*), pero introducir cuadros en el Louvre o en la National Gallery, conseguir que penetren objetos absurdos en el orden polvoriento y solemne de los museos nacionales, ésos son delitos vírgenes: quiero decir, no penables si el legislador no se ha enterado aún de que son posibles, o incluso de que se han cometido ya. Me divirtió meter ediciones caras (la primera, por ejemplo, de *Las flores del mal*, o la *Délie* publicada por Sulpice Sabon), en esas fundas de diez francos la pieza, a escoger, que venden en los almacenes. Oculté perlas de gran tamaño en varias ostras, que puse luego en las canastas, teniendo buen cuidado de que no me viesen los vendedores; la mayoría eran buenas, aunque, para aumentar la sorpresa, las había también falsas. Igualmente, introduje luises de oro en el estómago de las carpas más grandes que encontré en el mercado de Saint-Paul, que es, como usted sabe, el del barrio judío. Hubo una degollina al día siguiente en las pescaderías, y dos mujeres y algunos niños perecieron en el tumulto. Y también introduje anguilas y cangrejos vivos en las pilas de agua bendita de las iglesias, sobre todo en Nôtre-Dame, a la hora de la misa solemne; así comieron sopa de pescado los sacristanes. En un orden opuesto de liberalidad, una solución de estricnina u otros prusiatos, pero en dosis fulminante, inyectada con jeringuilla en la corteza de naranjas o de mandarinas, metidas luego inmediatamente en los canastos, me ha dado muchas veces fructíferos resultados, como dicen los médicos. Otra diversión que puedo recomendar también (aunque no conviene practicarla con demasiada frecuencia) es la de desparramar chinches punzantes, después de untarlas en una pomada de curare, en el suelo de los pontones de acceso a los baños de río.

Enriquecer el azar de esta manera proporciona grandes alegrías. Hallaría usted calma para los nervios, paz para el alma, con más garantías que descargando un

cubo entero de esperma. Apuesto, de todos modos, a que no seguirá mi consejo (una vez más, permítame dudarlo), pues nunca conocí a nadie (ni siquiera la joven princesa de Warmdreck) que compartiese conmigo el gusto y la inteligencia de tales iniciativas.

* * *

—Hice una vez una lista de mis diversiones pasadas y por venir, que lamento, en atención a usted, no haber conservado. Al llegar sin remisión al término de esa lista, partí hacia Gamehuche. Acababa de instalarme y poner a punto el acondicionamiento del castillo, según las directrices que ya conoce, cuando estalló la guerra; muy oportunamente, lo confieso, para suprimir junto con el viejo orden legal la mayoría de obstáculos que se habrían opuesto a mis designios.

No sin placer, desde luego, supe de la derrota de las fuerzas armadas de Inglaterra, Francia y Bélgica, y de su alocada huida hacia los Pirineos. Mi espíritu es sano, y siempre me gustó ver cómo corren los militares de mi país: fueron, como quien dice, los primeros en pasar el control de Gamehuche gracias a la celeridad de los camiones de la R. A. F. Unos días más tarde llegaron los alemanes, y ocuparon toda la costa.

Como yo alardeaba públicamente del odio y el desprecio que siento hacia mi patria, y como, escandalizado por la estupidez de los Battenberg que acaban de cambiar su apellido por el de Mountbatten, yo había traducido el mío, obteniendo Montcul de Mountarse, los alemanes, en un impulso de esa insondable imbecilidad que yace en el fondo del alma germánica, me tomaron por un *fascista inglés*, o yo qué sé, en definitiva, por un fiel partidario de su causa, y me concedieron su benevolencia y su apoyo. Al mismo tiempo, me había conchabado (es la palabra justa) con los jefes de la *resistencia* local; la complicidad de éstos (asesinos, ladrones, chulos y tan estúpidos como era de

desear) facilitó considerablemente mis actividades. Ahora que la guerra ha terminado, esos jóvenes granujas arriaron la bandera y es a título exclusivo de agentes que me sirven. Por dinero (o más exactamente por una pequeña cantidad de oro troquelado con la efigie de un Badinguet tullido), me proporcionan todos los muchachos, chicas, niños o animales que pueda necesitar, con el mismo celo que si fuesen napolitanos.

Durante la guerra, con frecuencia, me entregaban, bien atados y empaquetados, oficiales y soldados que habían caído en sus emboscadas. Los prisioneros tomaban parte en mis espectáculos, servían de pretexto a mis experiencias; el maquis salía ganando al desembarazarse de ellos sin comprometerse y recibir de mí alguna compensación suplementaria. Recuerdo, por ejemplo, a un rollizo coronel wurtembergiano, con quien montamos la agradable comedia de hacerle quitar uniforme y ropa interior, para luego, una vez desnudo, tatuarle en todo el cuerpo dicho uniforme sin olvidar un detalle, ni las polainas, ni los galones, ni las medallas, ni la funda de las pistolas, ni el más pequeño botón de reglamento. A continuación, en cuanto hubo mamado (sin morderlas) las mingas de los negros, y engullido el mosto, se encargó Calígula de liquidarle. Siento gran simpatía por los judíos, desde que sé que hacían pasar por la primera parte de este tratamiento a los oficiales superiores y generales del ejército británico, antes de devolverles, así *condecorados*, al cuartel. Sería una moda a imitar, el tatuar así a todos los militares de profesión. Mi mayor frustración es la de no haber podido nunca conseguir, aun con la promesa de una buena recompensa, algún ejemplar de esos gloriosos generales rusos, más cargados de oro y de quincalla que todos sus colegas juntos. ¡Imagine qué estupendo trabajo habría podido hacerse, grabando esas grandes hombreras, esos lucidos racimos de medallas, en el pellejo de un cosaco!

Un mugido bastante lúgubre, a nuestra espalda, puso fin al cuasi monólogo de M. de Montcul. Era —para anunciar que el desayuno estaba servido, se me dijo— el negro Graco que gruñía y se desgañitaba en una gruesa concha retorcida en espiral. Cuando el bocinero hubo perdido el aliento definitivamente, bajamos.

—¿No es una manía esa obsesión suya de conceder tal importancia a la raza de todos aquellos de quienes cuenta la historia? —pregunté a mi anfitrión.

—Buena observación —asintió—. Nunca he conseguido perder del todo esa vieja, y mala, costumbre inglesa de hablar de un caniche, un percherón, o un siamés, en vez de un perro, un caballo o un gato. Todo cuanto nos traen esas jodidas patrias es volvernos imbéciles.

Y me empujó en dirección al comedor.

Allí, en el escenario de la víspera (pero con las velas apagadas; las cortinas, enrolladas como velas por encima de una gran cristalera, que daba al patio, dejaban entrar en la estancia una luz más bien desabrida), me encontré con la compañía que esperaba; mejor dicho, sólo faltaba Michelette, a la que habría ya llegado la hora y cuyos huesos estarían los cangrejos acabando de mondar en aquel momento. Tomamos asiento en el mismo orden de la velada precedente, con la única diferencia, no obstante, de que Montcul y Luna de Warmdreck no compartían su diván con nadie. Edmonde, aunque acababa de salir de la cocina, donde, nos explicó, se había pasado horas en beneficio de nuestro paladar, aparecía sonriente y lozana; el pecho y el culo resplandecían bajo el camisón malva, realzados en magnitud y hermosura gracias a un corsé de cuero dorado que le atenazaba la cintura. Los dos negros iban y venían con grandes bandejas de erizos, cosa que me alegró, al principio, pues nada me gusta tanto como esos deliciosos racimos de color naranja o azafrán que ponen esos frutos vivientes del mar, pero me llevé una decepción, pues de erizos no tenían más que el caparazón, cada uno de los cuales contenía un testículo (de cordero)

a la brasa, sobre un fondo de puré de cebolla escalonia. Pese a no aprobar tal golosina, detestable para mi gusto, me pareció, sin embargo, de un loable ingenio, pues la cáscara del erizo, carnosa en el interior y provista de un vello picante en el exterior, es morfológicamente un coño, con tanta evidencia que podría pasar por un chiste de la naturaleza. Había sin duda cierto humor en la idea de alojar un cojón en semejante sitio, más vulgarmente apto para recibir la punta de un pene.

En tanto que los negros, igual que puercos, devoraban los testículos y lengüeteaban el interior de los caparazones, Montcul vituperaba a Inglaterra, como de costumbre; refería historias de un pariente suyo, un Mountarse del siglo pasado, con quien la reina Victoria le ponía cornamenta ya sea a su marido, ya sea a su amante principal: Lord Alfred Tennyson.

—A la primera embestida de mi tío al colchón real —explicaba—, sodomizó a su Graciosa Majestad, y con tal franco impulso que quedó ella encantada, pues poseía sobrados motivos para quejarse del Poeta Laureado, el cual, por razones fundadas principalmente en la lectura de la Biblia y del diccionario médico, no quería empitonarla más que una vez por semana, y eso únicamente en lo que él denominaba «el vaso de la estricta moralidad», *id est*, la vagina. Mi tío, por el contrario, que era hombre de buena picha, visitaba con afán todos sus orificios y después de haberle colmado bien el coño, sin protestas se la volvía a meter en el culo, en la oreja, e incluso en las ventanas de la nariz. Parece —y lo que digo lo he leído en las memorias (aún inéditas, desgraciadamente) de mi tío Jonathan Mountarse— que a la reina le encantaba tragarse la simiente, y con el canto de la mano recogía todas las gotas que quedaban por donde la había asaltado y se las echaba al gaznate, afirmando que sabían mejor que las natillas al whisky, y que después del néctar de Mountarse el de Tennyson no era más que agua de arroz. Mi tío concluyó zurrándole a la golfa real con los tirantes; ella, como agradecimiento,

le nombró caballero de la Jarretera. A mí no me fue tan bien en la Corte como a *sir* Jonathan. Confesaré, pues quiero ser en todo ecuánime, que a él se le levantaba con toda seguridad más deprisa que a mí; aparte de que los culos de las *royalties* raras veces se han puesto al alcance de mi lástex.

Se interrumpió para servirse un plato de lenguas (tan diminutas que no podían ser, creo, más que de cochinillos de la India), antes de proseguir, casi sin transición.

—Fíjese, se lo ruego, en el objeto de uso por excelencia en la familia y en el hogar de Gran Bretaña: la tetera inglesa. Haría falta estar muy desprovisto de sentido crítico para admitir que semejante utensilio sólo sirve para preparar infusiones. La forma —de falo humillado— de la boquilla, la panza redonda que nuestras seniles llenan de agua caliente antes de ponérsela en el chocho, indican, sin error posible, su destino. La tetera inglesa (una que vi, por cierto, estaba forrada de astracán, como el bajo vientre de un zulú) es un consolador; sin duda lo seguirá siendo hasta el fin del mundo, o hasta que mis compatriotas aprendan (cosa improbable) a sacarle un poco de jugo a sus tristes hembras. ¿No es acaso el ideal de todas las mujeres del Reino Unido el *hombre-tronco*, el impedido de picha gorda, *una tetera en otras palabras*, por completo doblegado a su voluntad? Añadiré, siempre a propósito de esa *forma* singularmente alusiva, que la tetera inglesa se asemeja tanto también a la cabeza de un rinoceronte, que siempre soñé con poseer un animal de esta especie amaestrado a joder con el cuerno; soltaría a mi mascota por el parque, a la hora de los sermones, y le aseguro que provocaría gritos, movimiento, alegría…

Empezaba a resultar monótono con su chovinismo al revés (era como el ras-rás de una peonza bávara); entonces, para cambiar de música, le recordé que me había prometido otra historia, concretamente la de la llegada de su amiga, la joven

princesa, a Gamehuche.

—¿Qué opina de eso la referida *joven princesa*? —le preguntó.

Insistió otra vez, manoseando sin indulgencia los senos de su vecina:

—¿Responderás, cretina? Es a ti a quien hablo.

—La princesa y la cretina están a la disposición de M. de Montcul, para todo aquello que se plazca exigir —contestó la alemana, con un suspiro y un grácil movimiento del busto.

—Bien —exclamó nuestro anfitrión—. Soy un hombre galante, y sin el consentimiento de la interesada nada hubiese contado, pero, ya que ella lo quiere, empiezo.

«Fue entre la primavera y el verano del año 1942 que vi por primera vez al general barón von Novar, que acababa de ser promovido al mando de las fuerzas aéreas destinadas en la baja Bretaña. Al oír que se hablaba de este vuestro anfitrión y servidor como de un *inglés original* (expresión que sigue empleándose), asqueado de su propia patria, pero gran admirador de la nueva Alemania, el general quiso conocerme, y muy *cortésmente* (debo confesarlo, por raro que parezca), después de que los suyos me anunciaran su visita, se hizo llevar al castillo para presentarse ante mí. El estrépito de las motocicletas de la escolta, que petardeaban en la playa aguardando a que el vado se hiciese transitable para los vehículos, me sirvió de oportuno aviso (al objeto de evitar todo incidente desagradable) para que ordenase encerrar en una de las torres enrejadas a dos judíos que me entregaron los maquis, y que provenían de un pueblo del interior donde se habían refugiado con bastante irreflexión.

»Como supe decir lo que convenía para complacer a semejante energúmeno, Novar pronto me tomó más afecto que a sus compatriotas (a los que despreciaba, por otra parte, cuando su graduación era inferior a la suya); hasta tal punto que ya no podía prescindir de mí, y tres o cuatro veces por semana acudía a Gamehuche con el fin de visitarme. Tenía la costumbre de hacerse acompañar sistemáticamente por su sobrina, la joven princesa de Warmdreck, aquí presente y a la que acaricio en el lugar justo, debajo del vestido, en este preciso momento. Se está riendo la muy puta. Reirá mejor quien ría el último. Pero creo que me estoy saliendo del tema.

»El general —volviendo a nuestro morueco

engalonado— sentía por mí un aprecio fanático y, en un rasgo de confianza que sin duda yo no merecía, me contó, bajo promesa formal de secreto, el cómo y el porqué tenía a su sobrina con él. Si bien el pretexto alegado fue el que precisaba de los servicios de la joven en calidad de secretaria, el motivo real de su marcha era el de sacarla de Alemania, a fin de que eludiese el servicio de trabajo obligatorio y ciertas promiscuidades indignas de una persona de su rango, pues había príncipes reinantes, antes de Bismarck, en la familia.

»Al principio, soporté no sin aburrimiento tales visitas, a las que el equilibrio frágil de mi posición no me permitía evidentemente sustraerme, pero no tardé mucho en dejarme seducir por la comicidad involuntaria que sirve de blasón a los oficiales superiores y generales en los ejércitos de todos los países del mundo, y no podía pasarme sin las confidencias de Novar. Un morueco, lo repito otra vez, en lo que a carácter se refiere. Y su sobrina comenzaba a darme agradables motivos en qué pensar. Les acompañaba con frecuencia un tercer personaje, que veía con menos placer y que me observaba sin amistad. Por lo que se dejaba entrever, estaba prometido, aunque de modo no oficial, a la princesa Luneborge; con el grado de teniente piloto servía en las formaciones marítimas de la Luftwaffe, y su insignia era algo en forma de alerón o de aleta. Noble también, y de primerísima categoría, si bien menos humano que bestial, era un gañán pelirrojo y de piel blanca que medía cerca de dos metros de alto y exhalaba en torno suyo un fuerte olor a establo. Quizás abusaba del champú de pelitre. Alardeaba de su adminículo con ostentación (los pantalones militares y las guerreras están cortadas *expresamente* para realzarlo), no hacía falta ser adivino, ni confesor, para darse cuenta de que la puta de la sobrina sentía ardores por él, y que la gruesa cachiporra del primero se conocía a fondo los mejores rincones de la segunda. El caso es que (¿no lo dije antes?) yo tenía esos rincones metidos en la cabeza (y en el vientre), como se

tiene la imagen punzante de San Pedro de Roma o de un burdel todavía por explorar.

»Al crecer el calor a medida que avanzaba la estación, el general en ocasiones mandaba un coche a recogerme a Gamehuche, para llevarme a una playa desierta, cerca de Saint-Quoi-de-Vit; el trío se bañaba habitualmente bajo la única vigilancia de los motoristas, rígidos, apostados al pie de una pequeña duna. Al amparo de una sombrilla, Novar charlaba inocentemente, sin que fuera necesario prestarle más atención que al susurro de la arenilla. Luneborge se dejaba cocer al sol, y después, roja como una peonía y en silencio, se tiraba al agua y nadaba muy lejos con brazadas poderosas y tranquilas. La seguía a corta distancia ese cretino al que detestaba: el teniente Conradin. Yo estaba convencido de que los novios fornicaban en pleno mar (suculenta hazaña, por lo demás, y de la cual he aquí la eficaz receta: mientras la hembra hace el muerto, el macho se sitúa *debajo* de ella, y luego, guiando el bauprés tieso hasta la hendidura que se desee, con brutalidad, si el agua salada no lubrica bien, la empitona o la encula con un buen golpe de pelvis; entonces no queda más que dejarse llevar por el movimiento de las olas, que te mecen la espina dorsal como manos serviles aplicadas debajo de una hamaca; pero es prudente no olvidar de atarse al cuello, para no perderla, calzoncillo o bañador, la ropa que se haya quitado al inicio de la operación). Cuando volvían, al cabo de una hora o más, con el rostro contraído por la fatiga y sin aliento, yo envidiaba al hombre. La puta se dejaba caer en la arena, agotada como si se hubiese entregado a un pelotón de fusileros; con la mirada baja, puesta en seguida sobre estas pacientes aguamarinas que ve usted aquí (no sé de nada que invite a tan grandes excesos como el *vacío* de esas piedras azul pálido engastadas en una piel muy bronceada), dejaba secar al sol sus hermosos cabellos, el atractivo vello castaño que sin pudor exhibía en las axilas. Mientras, yo veía que él, el muy puerco, con la mano disimulada por debajo,

acariciaba suavemente sus nalgas, y se le enderezaba de nuevo con la maniobra, mientras que con una ligera ondulación de la grupa y del vientre ella le demostraba no permanecer insensible. ¡Carajo! Me juré que no pasaría mucho tiempo sin que la ramera sirviese de vaina a mi tizona.

»Los hombres del maquis, puestos al corriente de mis deseos, advertidos de que tendrían una *generosa* recompensa el día que me entregasen a los tres en buen estado, trazaron su plan de ataque. Fue al día siguiente de la festividad de San Juan cuando lo pusieron en práctica, en una mañana de calor denso que inevitablemente empujaría a mis víctimas a bañarse, en tanto que yo podía esgrimir saltos por encima de las hogueras, contradanzas y otros excesos de la víspera como pretexto para no moverme del castillo.

»El sol quemaba los guijarros de la orilla, y caía sin piedad sobre las testas rapadas de los germánicos. Los motoristas, que como buenos soldados dormían de pie en su puesto, fueron reducidos sin tiempo de dar la alerta, pero no sufrieron más daños que un ligero aturdimiento, obra de proyectiles disparados por armas neumáticas y silenciosas de mi arsenal particular. Los tres personajes principales acababan de vestirse, pues también para ellos era excesivo el calor aquella mañana (y media hora más tarde mis esbirros se habrían encontrado con la playa vacía); al ser imposible toda resistencia, fueron capturados, maniatados, amordazados, encapuchados y arrojados a una carreta sobre una capa doble de fucos, como langostas puestas a refrescar. En cuanto a los heridos (levemente), como la marea comenzaba a subir, se les enterró debidamente hasta los hombros, desnudos aunque con los brazos atados al torso, en la arena húmeda, a cincuenta metros más o menos de las primeras olas; de esta forma tenían tiempo de ver cómo llegaba la primera onda antes de ser engullidos por el remolino. Tengo la certeza de que ahogarse así, entre golpes, espuma y agua que se retira, debe machacar el sistema

nervioso, y destrozar la razón, como en la muerte por el látigo. Aunque tal vez constituía una liberalidad excesiva malgastar tales refinamientos con vulgares soldados de la Luftwaffe.

»En cuanto a los prisioneros, una vez descaperuzados (permítame recurrir, se lo ruego, a este término de cetrería), fueron conducidos a la sala en la que nos hallamos, hacia la caída de la tarde; las cortinas estaban corridas, las velas se habían encendido, aunque en el exterior aún era de día y el calor continuaba siendo insistente. Los hombres del maquis se retiraron, una vez embolsados sus luises, para dispersarse en el páramo y los boscajes.

»Contemple en torno suyo, con la diferencia de que ahora la iluminación es diurna, el *teatro* de la representación; pasemos revista brevemente, actores, víctimas y figurantes, a los *personajes* que tomarán parte en ella.

»A este lado, el de los *extranjeros*, el general von Novar, el teniente Conradin y la princesa de Warmdreck. Los dos primeros visten el uniforme de diario de la Waffe, pero llevan sandalias no reglamentarias. Luneborge, descalza, viste únicamente un albornoz corto de playa de tela anaranjada, que hace un bonito juego con sus hombros bronceados, sus axilas, sus piernas y un estimulante comienzo del pecho.

»Al otro lado, el de los residentes del castillo, he aquí, en primer lugar, a su seguro servidor, el dueño de la casa; luce ese día una bata negra de casimir, con un cinturón de seda rosa, que le da un cierto aire de "Su Ilustrísima, Monseñor de Gamehuche". Completamente desnudo bajo esa bata, calza zapatillas negras de gamo, y de talón malva. Le flanquean, a derecha e izquierda, dos muchachas de raza negra, Viola y Cándida, desnudas en sus largas túnicas abiertas por delante y desabrochadas, una violeta, rosa la otra, tejidas con pieles de esas cabras del Tibet que tienen la pelambre suave como el cabello de una mujer; escarpines rojos de tacón alto realzan la

esbeltez de las piernas de esas niñas traviesas. Los dos negros Graco y Publicola, descalzos y con el torso desnudo, sólo llevan calzones ceñidos —de raso blanco el uno, carmesí el otro— hasta más abajo de la rodilla, a la moda de los antiguos pescadores napolitanos; para completar su atavío o tener las manos ocupadas, cada uno sostiene una bandeja de plata con un gran manojo de espárragos, de los que Monseñor de Gamehuche a veces mordisqueará uno, como por distracción.

»Los únicos personajes que usted no conoce (¡y con motivo!), dos judíos que ya mencioné antes, John-Henry Rotschiss, no hace mucho traficante en chatarra, y el dentista Simón Vert, completan la compañía. Los dos (a quienes he convencido de que tal disfraz les protege) visten hábito de capuchino, de ese color fecal que le será familiar; la tez lívida, el brillo graso de la piel sucia armonizan con el sayo con la misma naturalidad con que las hojas de acedera van con el sábalo.

»Y ahora, sin que se levante el telón, la función comienza. Los prisioneros se miran, echan una mirada a su alrededor, me observan con cierto asombro, pestañeando como noctámbulos sorprendidos por el haz de una linterna. Luego los hombres recuerdan tal vez que están en guerra, que son oficiales, nobles y prusianos, pues se ponen tiesos como troncos, con esa pose familiar y que es como una especie de erección morosa. La mujer, por el contrario, floja toda ella, se ondula como una nutria asustada.

»Según las prerrogativas de su graduación, el general tiene derecho a decir la primera palabra. Lo hace para comunicarme que me fusilarán, y que va a demostrarme cómo mueren los héroes de su país.

»—Te equivocas por partida doble, mi querido general. No me fusilarán porque ninguno de los tuyos sabrá jamás que encontraste aquí, en un nido de cangrejos, el fin de tu excesivamente larga carrera. Y no se trata de que mueras como un héroe de tu país o de otro cualquiera, sino de hacerme gozar con el espectáculo de

tu humillación, de tu deshonor y de las mortificaciones que se te van a infligir. Judíos, os entrego al general, haced con él lo que os plazca.

»Le limpio los mocos con una doble torsión nasal, y de un puntapié en las partes le empujo hacia los judíos. Éstos, al ver el uniforme de sus verdugos habituales, habían corrido a ocultarse tras la columnata, para volver luego con paso de hiena, soltando una risa tan feroz y horrible que, de no ser por su utilidad como instrumentos vejatorios, creo que les habría hecho despachar antes de emprenderla con los alemanes. Se apoderan del general, le abofetean, le zurran la badana, le palpan el cuerpo con sus feas manos sudorosas, manipulan gorduras y delgadeces, pero sin desvestirle.

»Es el turno del piloto-teniente. Atraigo hacia mí a su prometida, tomándola por el sobaco, y ella levanta el codo, dócilmente, para dejar a mi alcance sus pechos, libres y desnudos bajo la tela.

»—Desnudad a ese cerdo —ordeno a los negros.

»Desprovisto de vello, o casi, como suele darse en los hombres del norte de tipo solar, su cuerpo es el de un hermoso animal atlético, que observo con odio y placer, echando una mirada crítica al arcabuz que le cuelga sobre gruesos testículos lardosos.

»—La tiene floja —le digo a Luna—. Levántasela.

»Ríe la linda ramera, fingiendo embarazo, y se pone a acariciarle el trabuco al teniente, que la mira con furor contenido. Tieso a medias el órgano principal, culmina ella el trabajo a golpe de lengua, como una experta, en tanto que yo aprovecho su postura para alzarle el albornoz por encima de los riñones y, en cuanto le hube bajado las bragas, para palpar triunfalmente los hermosos globos de sus nalgas a la vista de su prometido.

»—¡Bien! —exclamo (un poco burlón, cuando ella se incorpora para ofrecerme gatunamente su cara, sus párpados cerrados, su boca entreabierta, su lengua de puta)—. Noto cierta insolencia en ese prepucio grosero, que voy a castigar. Judíos, dejad en paz al general y

coged unas tijeras; vais a circuncidar al piloto.

Se le atan las muñecas a la víctima con el simple expediente de una cuerda, que se sujeta, tensa para mayor comodidad de la operación, a una argolla. Se efectúa la circuncisión, que produce como resultado un cabo de carne que recuerda las pastas rellenas de Bolonia, un poco de sangre, alguna queja y cierto estremecimiento por parte del interesado. Despierta mi curiosidad, pues jamás había visto tal operación, me siento complacido al observar una avidez similar no sólo en Viola y en Cándida, sino también en la prometida del paciente; a partir de aquel momento supe que no me mostraría con ella más severo que con las otras dos. Pero la circuncisión en sí, un espectáculo para damiselas, me decepcionó; lo confieso con toda franqueza.

»Con grandes risotadas, Simón Vert muestra a la víctima el prepucio que le acaban de extirpar; se lo lleva a la boca, finge encontrarlo sabroso.

»—Acabemos con el aviador —exclamo—. Primero, el judío Rotschiss lo va a encular; luego el dentista se comerá sus testículos (y si no se los traga de veras, es hombre muerto).

Se afloja la cuerda un poco para poner el culo del teniente al alcance del judío, sin que éste se vea obligado a encaramarse sobre unos cojines, pues resulta lamentablemente canijo con relación al alemán. Siguiendo mis órdenes y sin hacer caso de sus lloriqueos, se le despoja de su hábito monacal: hay que rendirse a la evidencia de que las vergüenzas del canalla de mi ario carecen para él de atractivo, pues el aparejo le cuelga como la lengua de un perro que ha corrido demasiado. Intento que se le levante por efecto del miedo; Viola y Cándida le masturban, pero sin éxito, y en último extremo se decide recurrir a una buena receta del negro Graco, el cual, tras enjabelgarle el glande de mostaza, e introducirle en el ojo del culo un grueso pimentón colorado, le fustiga durante cinco minutos con vergajos empapados en vinagre. Se le pone turgente al fin (frágil

como una vulgar estilográfica) y, temeroso sin duda de que se le baje si se demora (aunque, según Graco, los efectos del pimentón son duraderos), encula al teniente de inmediato y sin la menor dificultad, hasta tal punto los culos de los aviadores tienen forma de tragabolas. Nos desternillamos al ver al arrogante piloto (en sus narices, su prometida me cosquillea una oreja con la lengua, mientras yo la masturbo ostensiblemente) cabalgado por Rotschiss, que se balancea asido a su cuerpo como una arañita encima de un moscón. Le aupamos; después de darle al columpio, el judío eyacula; le desclavamos para bajarle y que Simón Vert nos muestre cómo trabaja con la dentadura.

»A éste le he dado tal susto al mencionar la posibilidad de matarle, que para levantársela, haría falta bastante más que mostaza y pimentón; pero el papel que le confié no va más allá de sus posibilidades, por lo que puede hacerlo con la vara floja. Se lanza sobre el bajo vientre de Conradin, quien, esta vez, se pone a gritar como veinte loros; apoyándose con las manos en los muslos, le muerde con furia en el escroto y, a fuerza de torsiones y arrancamientos, le arrebata un testículo y luego el otro. Comérselos resulta más difícil (tienen la carne dura los cojones crudos de un adulto, ¿sabe?); sin embargo, se los merienda a toda prisa, casi sin masticarlos, metiéndoselos con el dedo dentro de la garganta, y al concluir, tiene la cara violácea como la de un ahorcado. ¡Bravo por el dentista! La víctima sangra como un cerdo degollado (lo fastidioso de estos pasatiempos es que el desenlace acostumbra a ensuciar el local); hago una señal a los negros, que lo rematan por estrangulación, para luego quitarlo de en medio.

»—¡Leche! —exclama gentilmente su novia—. Me hubiese gustado saborear un pedazo de testículo. Pero quiero ver qué hace usted ahora con mi tío.

»El general von Novar había contemplado nuestros placeres en tensión, consiguiendo conservar hasta el final una actitud militar; brazo en alto, a la hitleriana, había

saludado los restos de su colega. A mi llamada, se adelanta con un taconazo (pero las suelas de esparto producen un sonido blando).

»Ordeno que le descalcen y que le desvistan de cintura para abajo, de lo cual se encargan las negras, quienes juguetean haciendo melindres con su grisáceo vello púbico. La guerrera, que sólo le cubre hasta justo donde empiezan las nalgas, no constituirá mayor obstáculo a nuestras iniciativas que las cortas blusas, en las que hace pensar, de las putas de burdel elegante. Se permite que siga con ella puesta; pero las negras se la desabrochan por completo, para arrancarle la camisa a pedazos.

»—Ya no la necesitarás —le consuelo (pues su mirada se posa en esos jirones con tristeza)—. Ponte a cuatro patas.

»Obedeció. Le aplasto los dedos con el tacón, y luego le sacudo un soplamocos en la nuca y dos bofetadas secas. Su sobrina, pegada a mí, le retuerce la nariz dos veces, y se levanta el albornoz para que pueda yo masturbarla y lamerla. Mientras tanto, los judíos se encarnizan con el cadáver del teniente, que han arrastrado hasta el extremo de la sala, como para mejor dejarnos en familia al general, a su sobrina, a las negras y a mí. La puta se aparta, y empieza a palpar los colgantes en el bajo vientre del morueco engalonado.

»—Los golpes le excitan —exclama (escupiéndole en la frente)—. Se le está empinando un poco.

»Es una observación tan deliciosamente depravada que me siento invadido por una ternura casi fraternal. Luna alza los brazos, complaciente con los deseos de Viola, que aparece detrás de ella para despojarla del albornoz y lengüetearle la raja de las nalgas. La agarro otra vez en cuanto queda desnuda; los dedos de una de mis manos se hunden en su vagina viscosa; los de la otra la socratizan suavemente. Empieza a gemir. Noto entonces que mi miembro empieza a cobrar vida.

»—Desnudaos —ordeno a los negros—. Publicola va a encular al general.

»No hay necesidad de repetir la orden. Las cualidades eréctiles de esos bribones saltan literalmente a la vista. A la primera palabra, al primer signo, sus enormes garrochas se desenvainan, puntiagudas, como alabardas de acero o como los cañones en batería de un navío de guerra. El instrumento de Publicola, movido por una pelvis implacable, se hunde hasta el vello púbico en el ojo del cíclope, y el negro se dobla como la hoja de una guadaña por encima del general alemán para morderle la nuca. Durante esta operación, prosigue mi labor digital en las partes interesantes de la joven princesa, y me veo recompensado por partida doble; a saber, por parte de ella la emisión de ciertos líquidos; por parte mía una vigorosa turgencia de mi artefacto.

»"Llegó por fin la hora de la fornicación", me digo. Me libero de mi túnica episcopal, que cae al suelo ante la nariz del general; asesto un buen puñetazo a esa nariz, con el fin de mantener la persistencia de mi erección, y arrojo sobre el manto a mi nueva amiga que se deja tumbar de buen grado, sin fingir siquiera un leve rubor, hasta tal punto le fascinan las proporciones de mi banderilla y sobre todo mi divisa de batalla: esa cresta anaranjada y malva de la que, como usted sabe, me siento orgulloso.

»De un buen golpe, penetro a mi princesa por delante hasta que el glande golpea esa pared última de carne deliciosa, que en italiano llaman de *tenca*. No es éste un coño de doncella, evidentemente; pero mi ariete es demasiado voluminoso como para no sentirse oprimido, y la muy bellaca (cuyos músculos responden como es debido, ¿sabe?) me otorga pellizcos muy agradables abriendo y cerrando su cascanueces según el ritmo que le impongo. En resumen, la tengo empitonada, sin eyacular, durante seis u ocho minutos, luego me salgo de ella, le doy la vuelta y la enculo más o menos el mismo tiempo. Vuelvo a salir, sin descarga tampoco, en el preciso momento en que Publicola suelta su engrudo (pues su capacidad de control es mucho menor que la mía) en las

entrañas de Novar.

»Con un nuevo puñetazo en la cara (y dos bofetadas de Luna), obligo al general a mamarme el hisopo, pringoso de mierda del culo de su sobrina, cosa que lleva a cabo con aplicación, docilidad, medida y sin pensar, me parece, en morderme. Luego enculo al general; le froto el ano con bastante rudeza durante ocho minutos por lo menos, pero no eyaculo. Al mismo tiempo, para tener las manos ocupadas en algo, masturbo a Viola y a Cándida, mientras que Luneborge, frotando su cuerpo por detrás contra mí como si me sodomizara, apoya los brazos en mis hombros para retorcerle las orejas con crueldad a su tío. Desclavo mi arma, siempre sin haber descargado, y se la ofrezco por segunda vez (pringosa de su propia mierda) al general, para que la limpie con la boca; mientras me obedece (y esta felación me resulta tan deliciosa como una entrada de caza mayor entre el pescado y la carne), hago que le encule el negro Graco; éste no tarda mucho en llenarle el conducto de esperma, pero la jabalina no se le doblega y continúa clavando.

»Luna está tan pálida (y tan marcadas son las ojeras en el rostro exangüe) que puede temerse lo peor o esperarse lo mejor. Se restriega contra mí como una histérica, con las piernas separadas en una postura innoble, el sexo abierto (de donde salen efluvios de azafrán y de champiñón al vinagre), el clítoris tan tenso que lo noto correr por mis riñones como el dedo de un niño; al intentar sacarle los ojos a su tío, le ha hecho horribles arañazos en la frente y en los párpados. En lo que a mí concierne, me siento cada vez más excitado; las insignias y condecoraciones prendidas en la guerrera del general, inclinado en posición orante para chuparme la estola, me hacen cosquillas agradables en la entrepierna, e imagino que una tupida nube roja brota del suelo en torno a mí, la princesa, el negro y el alemán, para hurtarnos a los cuatro a la mirada de los simples mortales y prestarnos el apoyo conveniente para una orgía o un combate de dioses o de demonios. El negro, por última vez, se corre en el ano de

Novar; le aprieta el cuello con sus largas manos de estrangulador, soltando una carcajada que el eco hace repercutir como estallidos estruendosos del más olímpico de los goces. Retiro entonces mi fraile de los labios del paciente, cojo una botella de coñac por el gollete y, tras echar un buen trago, le doy al general un golpe tan fuerte en la boca que le hace saltar tres dientes. Luna, arpía deliciosa, me arranca la botella de las manos, se bebe de un tirón la mitad de su contenido, rompe el casco contra una argolla y *desfigura* a su tío al tirarle a la cara dos golpes terribles con la parte cortante; cae luego sobre mí y, babeando coñac, me chupa golosamente el cirio. Me agarro a ella y rodamos por el suelo, invertidas nuestras posiciones; le muerdo el vello que rezuma néctar femenino y alcohol, hundo la boca y la nariz en su vagina, mientras ella me bombea el báculo en un arrebato del más furioso paroxismo. Eyaculo al fin; suelto auténticas cataratas de leche en la garganta de mi puta divina, que engulle hasta la última gota, como un ángel. Luego me siento flaquear; la cabeza me da vueltas; apenas si tengo tiempo, antes de desmayarme, de gritar esta última orden a los negros:

»—¡Acabad con el general!

»Cuando vuelvo en mí, veo que he sido obedecido. Los cadáveres de los dos alemanes yacían bajo la columnata, y la ramera que yo había deseado, desnuda aún, acurrucada en mis brazos, me contemplaba con una tierna admiración, como si de veras me amase».

Una fuente de plata alargada —de mucho precio seguramente, pues había sido *vaciada*, exprofeso para M. Montcul, en el cuerpo de una hermosa muchacha de la cual quiso él conservar ese recuerdo concreto— hizo su aparición, sobre un carrito que Edmonde empujaba; en su interior había un variopinto surtido de tartitas al jengibre, rollos rellenos de ajo, cebolla, miel y granos de adormidera, pastelillos de harina poco cocida que contenían nueces de azúcar pistacho, champiñones confitados, melones agridulces, rosas rojas fritas en grasa de cordero. Nos servimos, y nos pusimos a comer sin decir palabra, pues resultaba pesado el postre después de un relato como el que acabábamos de escuchar, pero nuestro anfitrión, que había bebido más de la cuenta durante su parlamento, y estaba bastante borracho, se ofendió tal vez por nuestro silencio. De improviso, una ola de sangre le subió a la cara (la piel muy blanca sufre este cambio a ojos vistas), intimándonos a temer su cólera, en cuanto sabíamos con toda exactitud en qué clase de lugar nos hallábamos.

—¡El castillo de Gamehuche es una polla gigantesca, siempre tiesa, que puede descargar de un momento a otro! —empezó a berrear— y los cojones son las cavernas excavadas en la roca que lo sostiene, que están llenas hasta rebosar de explosivos robados a los alemanes, luego a los ingleses y a los americanos. Muchos camiones se despeñaron, y sus carrocerías se enmohecen en el mar. Bajo nuestros pies, hay más material fulminante que en la santabárbara de tres acorazados juntos, se juntan toneladas de todo cuanto de destructor, inflamable, capaz de volatilizar han inventado los hombres, cuyo genio siniestro es capaz de las atrocidades más asombrosas.

¿Sabéis que me bastaría prender la mecha de cierta bujía que yo me sé, tirar de cierto cordón, acariciar cierto botón, para hacer saltar todo esto por los aires en una eyaculación grandiosa que tachonaría el cielo igual que el uniforme de un presidiario? Y juro que lo haré, a la primera que no pueda escupir esperma después de que se me levante. La descarga de Gamehuche servirá para vengar mi fracaso.

Los negros, varones y hembras, habían huido al estallar el ataque, más asustados por el tono y la gesticulación brutal de su amo que por el contenido en sí (que se les habría escapado) de su arenga. Inclinada sobre él, Luna procuraba calmarle, hablándole en voz baja (o en susurros fuertes) al oído. Edmonde me tomó de la mano, diciéndome que más valía dejarles solos. Sin embargo, antes de que saliéramos, me gritó todavía:

—¡Esta noche, a las ocho y media, no se olvide de ir a la terraza de la muralla, contemplará una bonita experiencia!

Convencí fácilmente a Edmonde para que se refugiase conmigo en mi habitación, pero nos hallábamos tan embotados, después del copioso almuerzo (comimos también de un cochinillo asado vivo, como el ansarón vivo y cocido según la famosa receta del napolitano Della Porta), que nos quedamos dormidos como niños. Una hora, o dos, más tarde, al abrir los ojos, tuve la fortuna de que lo primero que viese fuera el culo grande y hermoso de aquella muchacha, que en mi obsequio lo colocó así a menos de un centímetro de mi nariz. Edmonde sacó del cofre cierto elixir, que según me dijo era *quintaesencia de apio*, y en cuanto hube tomado un par de vasos, se armó la ballesta sin remisión. Entonces, hasta que cayó la noche, hice adoptar a mi pareja todas las posturas que me dictó la fantasía, la trabajé de todas las maneras, le exploré todos los puntos y todas las compuertas que su cuerpo me ofrecía con inagotable generosidad; se prestaba a mis caprichos, benévolos o vejatorios, como una perra bien amaestrada, pero mostró una timidez extrema en lo que concernía a Montcul y, por mucho que prodigué ruegos, amenazas e imprecaciones, no conseguí que dijera lo más mínimo de su amo, ni que revelase el menor detalle de su llegada al castillo. Su obstinado mutismo, sobre este último punto, confirmaba bastante mi impresión de que fue llevada en contra de su voluntad, y después de un secuestro.

A eso de las ocho, disfrutamos de unas cuantas abluciones en común, siguiendo la agradable costumbre de Gamehuche. Hechas con agua muy fría, me devolvieron el control de la cabeza y de los nervios, que hasta entonces me parecieron alterados, pero no dieron el menor resultado en lo referente a mi imperturbable

priapismo: seguí tan tieso como antes, a pesar de mis excesos con el cuerpo voluptuoso de Edmonde, y ésta, reconociendo que tal vez tomé demasiada *quintaesencia*, me aconsejó vestirme y atar fuerte el cinturón encima del instrumento en posición vertical, ya que no había medio de humillarlo. Seguí su consejo; el calzón de seda negra que me trajo mi amiga, ceñía una especie de flecha erguida a la altura del ombligo, en tanto que una casaca larga (o mantelete corto) caía por encima, para que la decencia (si es que tal virtud cabía en algún rincón de aquel castillo singular) no sufriera menoscabo. En cuanto acabó mi tocado, Edmonde me abrazó, para decirme luego que *afortunadamente* no estaba invitada a la experiencia de aquel día, y que debía yo subir solo a la muralla. Cuando llegué arriba, no vi tampoco a las negras.

Único elemento conocido de la tribu, el negro Graco se paseaba de un extremo a otro de la terraza, adoptando esa actitud recelosa que, sin duda, mi persona le inspiraba lejos de la presencia de su amo. Con él, aunque inmóvil, se hallaba una mujer que me era desconocida; por sus rasgos, un tanto tristones, se diría que andaba más por debajo de los veinte años que por encima. Se había sentado en la balaustrada, que no era muy alta, de espaldas al mar; me echó una mirada temerosa, para bajarla luego al bebé de siete u ocho meses que abrazaba con fuerza. ¿De dónde habrían salido los dos? Pensé que sólo podría ser de una de las torres enrejadas, próxima a la puerta cochera.

La terraza, desnuda la primera vez que la vi, aparecía ahora llena de accesorios como un teatro de prestidigitación. Los objetos carecían de sombra perceptible, a causa de lo avanzado de la hora; sin embargo, seres y cosas se me mostraban en sus menores detalles con una maravillosa *acuidad*, en esa luz extraordinariamente difusa que baña, con buen tiempo, la orilla del mar al final de la jornada, cuando los días son tan largos que parece se esfuercen por acabarse —y era

capaz de apreciar en cada color las más leves diferencias de matiz—. Montcul no había podido escoger mejor la hora y el lugar de su experiencia. En el centro del pavimento (indicado por un rombo de losas más oscuras), una tramoya, en forma de cruz de san Andrés dispuesta en un bastidor vertical, había despertado mi curiosidad por el extravagante aparato de correas, poleas y palancas de que estaba provisto, pero no conseguí explicarme de modo razonable su funcionamiento, o su utilidad. Un bastidor más pequeño, aparejado con correas más frágiles y erecto frente al anterior, se asemejaba a un trapecio de salón. Había también dos anchos sillones de ébano y cuero negro, que hacían pensar en murciélagos a aquella hora del crepúsculo, sin contar, sobre un cojín de astracán, pero teñido de color frambuesa, con una navaja antigua que debía tener mucho valor, pues la hoja era damasquinada y el mango, de oro febrilmente trabajado. Aquel oro que reposaba sobre pelo rosado, quizás evocador del contraste entre la dentadura y la encía inflamada, me produjo una sensación decididamente desagradable.

Me hallaba aún bajo el efecto de aquella impresión, cuando vi llegar a Montcul, seguido del negro Publicola que vestía únicamente un calzón de gruesa tela roja, cortada hasta la rodilla en una pierna, hasta medio muslo en la otra. Mi anfitrión se envolvía en un amplio manto con capucha, cuyo tejido, entre gris y malva con lúnulas pálidas, le daba un aspecto, más que de monje excéntrico, de enorme e inquietante mariposa nocturna.

—¡Ah! Le presentaré a los *ejemplares* de la experiencia —declaró el desmesurado bómbice—. He aquí a la señora de Auguste Valentin (la llamaremos por su nombre de pila, como en familia: Berenice), joven esposa de un abogado de Burdeos que defendió en cierta ocasión mis intereses y lo hizo muy bien; he aquí su único hijo, Cesarión, en quien estaban puestas tan nobles esperanzas que siento verdadera tristeza al pensar que no tardarán en verse decepcionadas y que jamás volverá a saberse de él.

Pero ¡qué remedio! Hay que sacrificar mucho si se quiere conocer algo. La madre y el hijo fueron vistos por mí, luego señalados a mis rufianes (quienes desde que terminó la guerra sienten una nostalgia insoportable hacia ese género de empresas), que los raptaron durante un paseo por los Quinconces, me fueron entregados unos días antes de que llegara usted. Me he preocupado por mantenerles debidamente, para ofrecérselos como espectáculo.

La elegida le escuchaba con ferviente atención, con la mirada clavada en nosotros, pero no pronunció la menor palabra, ni llegué a oír nunca el tono de su voz. Únicamente, mientras Montcul seguía su discurso, ella estrechaba a su hijo con mayor ternura y temor. Berenice Valentin era una guapa mujer, de tipo muy francés, pero más turangés que gascón; su cara, de facciones regulares, estaba enmarcada por cabellos castaños, cortados por encima de los hombros; sus ojos tenían el color de los azulejos; su vestido blanco permitía entrever formas esbeltas, bien hechas para conmover a un corazón sensible a ellas; las piernas estaban desnudas y doradas; calzaba en los pies zapatillas de tenis.

—Tan hermosos ejemplares escasean, por desgracia —continuó el dueño del castillo—. Mis búsquedas se limitan a esposas muy jóvenes, indudablemente castas, madres de un solo hijo, el cual no debe tener más de una decena de meses. Da algún trabajo procurarse cobayas, en número suficiente, que satisfagan todas estas condiciones, y no acostumbramos a tener tanta suerte, como hoy, en lo que a belleza se refiere. Ahora podrá ver en qué consiste la experiencia.

A una nueva orden suya, los dos negros se arrojaron sobre la joven y le arrancaron al niño, lo cual se llevó a cabo sin un grito, pero no sin resistencia. Después de dejar al chiquillo en un rincón, condujeron a la paciente hasta la cruz de san Andrés, para ponerla con la espalda contra la madera. Le ataron fuertemente las muñecas y los tobillos a los cuatro extremos de los ejes, con la

cabeza sujeta a una tablilla por medio de un dogal. Al acabar, tras asegurarse de que ella no podía mover más que la zona media del cuerpo, recogieron al niño, que fue despojado de todos los pañales que le envolvía; luego se le colgó de las manos al trapecio que ya he descrito, delante de la cruz. El rostro de la madre y el del niño quedaban así el uno frente al otro, y exactamente a la misma altura.

—Está bien —aprobó el amo—. Pero acercad un poco el trapecio.

Y así se hizo, hasta proporcionar a la mujer la mejor y más clara visión posible de su infeliz vástago. Concluida la puesta a punto, Graco le hizo a Berenice una caricia insolente por debajo del vestido.

—Como de costumbre, te pondrás detrás de ella, con el objeto de obligarla a mantener los ojos abiertos —especificó Montcul—. Podría tener el capricho de cerrarlos, y habríamos trabajado para nada.

Mi anfitrión y yo estábamos arrellanados en nuestros sillones, a menos de un metro de la escena.

—Te toca a ti, Calígula. Ya sabes lo que has de hacer.

El gigantesco negro se inclinó para coger la navaja y se acercó, casi con paso de baile, a las víctimas de un tratamiento que aún desconocía yo, pero que adivinaba cruel. Para empezar, tentó el cuerpo de Berenice Valentín, manoseando brutalmente sus senos y sus nalgas, la miraba a los ojos con expresión aviesa. Dentro de los calzones, la herramienta se le traslucía tiesa como una barra. Pensé que iba a lanzarse sobre la mujer, que sus ligaduras entregaban sin la menor defensa a todos los ataques, pero se volvió contra el niño. Tras haber dibujado con el dedo sobre su carita una línea divisoria, apoyó en su extremo superior el filo de su arma, y de un gesto preciso y suave, manteniendo a la víctima inmóvil con una mano, cortó rápidamente la piel de la frente, de la nariz (con el cartílago), los labios, las encías y el mentón hasta el final del cuello; le tocó luego el turno al pecho, el vientre, por fin el sexo diminuto que con

aplicación partió en dos partes estrictamente iguales. La sangre brotaba por todas partes, era horrible. El negro (que tenía las uñas largas), agarrando entonces los dos bordes de la herida en el lugar donde estuvo la nariz, tiró violentamente de la piel a derecha y a izquierda, y *despellejó* así, en unos segundos, el rostro del niño a la vista de su madre. La maniobra fue repetida más abajo, hasta los muslos, para desollar enteramente el cuerpecito en su cara anterior. La madre, a la que el otro negro impedía cerrar los ojos, no había perdido detalle de la terrible operación, y respiraba con un estertor de marejada. Eh lugar de la palidez previsible, sus mejillas adquirieron un tono púrpura, curiosamente a tono con el repulsivo aspecto del pequeño desollado.

—En ese momento de la vida en que las mujeres están aún ligadas a sus criaturas como por fantomático cordón umbilical, destruir en un instante, delante de ellas, el *rostro* de su único hijo, ese rostro que contiene todo su amor, que es el eje de su existencia, más allá del cual no existe un objeto ni una imagen que pueda emocionarlas realmente, borrarlo de su vista como con una goma, convertirlo en diagrama anatómico, imagine el trastorno (esta palabra resulta tan inexpresiva) que todo eso ha de producir en ellas —observó Montcul—. Tiene que admirarme por haber inventado un procedimiento de semejante calibre. Si las fibras nerviosas se comportasen como las moléculas en química, ¿a qué reacciones asistiríamos? Pero la naturaleza humana es absurda, y es lo más increíble que se revela lo más común. Mire, por regla general eso las inflama.

Calígula acaba de hundir la hoja en el pecho del tierno infante, que respiraba todavía, según creo; luego, en cuanto la hubo sacado, sin apartarse de nosotros siquiera, con un gesto vigoroso arrojó el cuerpo por encima de la balaustrada.

—¡Qué os aproveche, cangrejos! —exclamó.

Limpiada cuidadosamente en un pliegue de los calzones, la navaja fue devuelta a su cojín de pieles.

Después de lo cual el verdugo continuó el trabajo: le arrancó el vestido a la madre, desgarró en pedazos sus prendas interiores, sin desatar las ligaduras. El hermoso cuerpo quedó al descubierto, un poco más lleno de lo que yo imaginaba, y que ardía, carmesí como las manchas del sarampión. Moviendo las palancas, Graco hizo bascular la cruz hasta que quedó en posición horizontal en la parte inferior del bastidor, una banqueta inesperada donde yacía nuestra ramera, ofrecida al primero que llegase. Calígula, desbraguetado en un santiamén, sacó su magnífica daga; se inclinó sobre la hermosa descuartizada, abrió con el dedo un cono musgoso de fiera, introdujo el glande, y con un solo golpe de pelvis hundió hasta la empuñadura en la carne suave el enorme instrumento que me había mostrado la víspera, como una maza enarbolada sobre la nuca de Michelette.

—Mire con atención —indicó Montcul.

Inclinado sobre la cara de Berenice, le tomaba también el pulso. La mujer, con las facciones completamente descompuestas, los ojos desorbitados, abría una boca babeante que tendía con una especie de desesperación hacia los labios del bruto que la violentaba arqueando el cuerpo, como si no deseara tocarla más que en el interior de la vagina. Los pezones se erguían erectos, el vientre subía y bajaba, un estremecimiento le recorrió la piel hasta acabar en una convulsión; no cabía la menor duda de que era presa de un goce ciego y furioso.

—Al primer asalto, y sin necesidad de ninguna preparación, la puta ha respondido —prosiguió mi anfitrión—. Y eso que era una mujer fría, ¿sabe? Y no creo que nunca haya gozado mucho en los brazos de su marido. Pero son todas iguales; trátelas como yo, y verá que gozan como perras. Mire, esas contorsiones, esa mirada extraviada, esa expresión de éxtasis… ¡Carajo! Estoy seguro de que ya se le está levantando, usted que a lo que parece es hombre de buena picha.

Enmudeció por un minuto quizá, meditando, y luego, con hostilidad repentina, ordenó:

—Ahora baje. Ya ha visto bastante. Desahogue su grosera excitación con ese culo gordo que ya sé le entusiasma tanto, o con el chocho de mis negras. Acabaremos sin usted.

Le obedecí, sintiendo un gran alivio al poder retirarme, no porque quisiera irme, como exhortó, con las muchachas que se habían escondido no sé dónde, y a las cuales, después de lo que acababa de ver, me sentiría incapaz de hacer los honores, sino porque, sin formular ningún juicio sobre lo que mi temible amigo llamaba sus *experiencias*, me aterraban sus caprichos, sus bruscos altibajos, hasta el punto de temer lo peor si permanecía mucho tiempo en el castillo.

Después de subir a mi habitación, cambié mi indumentaria a la moda de Gamehuche por la que se lleva generalmente en los países de Europa. A toda prisa, sacrificando incluso una de las maletas que no pude encontrar, corrí a mi coche. El motor, por suerte, arrancó a la primera. Graco, que al punto compareció en el patio, no me quitaba la vista de encima; en su mirada, esta vez, me pareció leer que me envidiaba. Tenía ansiedad por saber si me abriría el portón, pero lo hizo en cuanto se lo rogué. Entonces, para mi contrariedad, descubrí que el mar, que llevaba subiendo desde hacía más de dos horas, había sumergido por completo el camino de acceso; pese a todo, experimentaba una necesidad tal de franquear el abrumador recinto *y salir del círculo*, que no vacilé en sacar el vehículo fuera del castillo, a la plataforma exterior. El portón se cerró a mi espalda. No volví a ver a nadie.

Caído sobre el volante, velé toda la noche, en espera de la marea alta y luego del reflujo. Llegó el alba, por fin, y a eso de las seis las olas dejaron de azotar la calzada. El viento era tan fuerte, cuando pasé, que a duras penas podía mantener la dirección. Corrí durante algún tiempo, al azar, por las pésimas carreteras del páramo, y en cuanto llegué a un paraje protegido por los árboles, detuve el automóvil, cerré las ventanillas, y me dormí en

un sueño parecido al de la muerte.

Añadiré que no me llevé ninguna gran sorpresa, tres semanas después de regresar a mi casa, al leer el siguiente suelto en la columna de sucesos del «Phare de Vit», al cual me había suscrito, poco antes de mi partida, para saber el horario de las mareas.

«Ayer, al anochecer, una explosión de una extraordinaria violencia conmocionó nuestra comarca. El cielo, al sur de Saint-Quoi, fue surcado por un relámpago aterrador, al tiempo que las casas temblaban y un estrépito inaudito sembraba el pánico entre la población y el ganado. Son innumerables las conjeturas en torno al origen del fenómeno, experiencia atómica o descuido de contrabandistas, que parece haber tenido lugar en la región más desierta de la Cote de Vit».

Unos cuantos días más tarde, otro artículo más extenso me confirmó en lo que había adivinado inmediatamente: es decir, que la misteriosa explosión tenía su origen en Gamehuche. No se encontró el menor vestigio del castillo ni de sus habitantes, y del lugar que yo conocí fastuoso y fortificado, la bajamar sólo permitía ver ahora un vasto caos de piedras, que pronto invadirían las algas y las conchas, y que la marea alta ocultaba por completo a la vista de los hombres. El periodista hacía un elogio desmesurado del desaparecido castellano, M. de Mountarse, o *Montcul* en la resistencia, a quien llamaba, sucesivamente, un inglés acomodado, un filántropo, un demócrata, un patriota ejemplar y un fiel amigo de Francia; el artículo concluía con una llamada apremiante para erigir por suscripción un busto al héroe ante la alcaldía de Saint-Quoi.

Indudablemente (y probablemente, dada la hora de la catástrofe, en el curso de una nueva *experiencia*), Montcul

habría tenido una erección, sin que nada fuese capaz de hacerle eyacular; y entonces, fiel a su promesa, pienso que habría acariciado el botón y hecho saltar todo por los aires. Envié mi donativo a la suscripción (en un rasgo de humor que ciertamente no le habría desagradado), como último saludo a aquel hombre de intolerable grandeza. Y para que este abominable relato concluya, al menos, con una nota de ternura, confesaré que con frecuencia cierro los ojos y me pongo a pensar en el culo de Edmonde. En el cielo oscuro creado por mis párpados, no tarda en aparecer, flotando como un aerostato de dos cúpulas, una blanca y otra rosa; al ver que de entre sus redondeces palpitantes me manda peditos amistosos, sonrío al acordarme de la dulce y querida joven de la cual constituía el mejor ornamento.

Pero ni ese rosa ni ese blanco me harán olvidar jamás lo que Montcul me dijo:

—Eros es un dios negro.

Notas

[1] En castellano en el original (N. del T.). <<

[2] *Montcul*, traducido literalmente es «Monteculo», pero, al no pronunciarse la «t» en francés, se pronuncia exactamente que *Mont cul* («Mi culo, expresión despectiva que suele emplearse en el sentido de "y una leche" o "y un huevo"»). (N. del T.). <<

[3] La naturaleza ha conseguido resultados mejores, pues en el museo de anatomía patológica de la Universidad de Estrasburgo puede admirarse una picha de 42 centímetros de largo, que constituía el principal ornamento de un tambor mayor alistado en los ejércitos de Napoleón. < <